Ramón Lac y Vivanco y Ernesto Nieto

EL MARQUÉS DE PRIOLA

COMEDIA FRANCESA EN TRES ACTOS

ESCRITA POR

MR. HENRY LAVEDAN

DE LA ACADEMIA FRANCESA

traducida y arreglada á la escena española

CON PERMISO DEL AUTOR

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1903

EL MARQUES DE PRIOLA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL MARQUÉS DE PRIOLA

COMEDIA FRANCESA EN TRES ACTOS

ESCRITA POR

MR. HENRY LAVEDAN

DE LA ACADEMIA FRANCESA

traducida y arreglada á la escena española

POR

Ramón Lac y Vivanco y Ernesto Nieto

CON PERMISO DEL AUTOR

Estrenada con gran éxito el día 12 de Septiembre de 1903 en el TEATRO ARRIAGA, de Bilbao, por la compañía de **Francisco Fuentes-Juan Balaguer**

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

E. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

—

1903

AL NOTABLE ACTOR

D. Juan Balaguer

Sus amigos y admiradores,

Ramón Lac y Vivanco

Ernesto Nieto

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SEÑORA DE VALLEROY.....	Srta Arévalo.
SEÑORA DE SAVIÈRES.....	Sra. Monreal.
SEÑORA DE LE CHESNE.....	Srta. Abad (C.)
UNA DONCELLA.....	Sra. Abad (J.)
EL MARQUÉS DE PRIOLA.. .	Sr. Fuentes.
PEDRO MORAIN.....	Calvo (Ricardo).
BRABAÇON...	Colom (J.)
EL DOCTOR SAVIÈRES.....	Cerro.
LE CHESNE	Altarriba.
CABALLERO 1.º.....	Calvo (Rafael).
IDEM 2.º.....	Fauste.
UN LACAYO.....	Arévalo.

ACTO PRIMERO

La escena representa un baile en la Embajada de Italia.—Saloneito contiguo al bufett, en el fondo salón de baile donde habrá muchos invitados con uniformes militares y trajes de baile.

ESCENA PRIMERA

El MARQUÉS de PRIOLA, PEDRO MORAIN y CABALLEROS 1.º y 2.º

CAB. 1.º Decidme quién es ese caballero que está sentado al lado de ese joven.

CAB. 2.º El Marqués de Priola.

CAB. 1.º ¿El don Juan Tenorio de ahora; el hombre de las mujeres?

CAB. 2.º El mismo.

CAB. 1.º He oído hablar mucho de él, pero no le conocía; no me es simpático.

CAB. 2.º Ese hombre no gusta más que á las mujeres.

CAB. 1.º ¿Es francés?

CAB. 2.º Sí, porque se ha naturalizado.

CAB. 1.º ¡Ah, sí! ¿eh? Y ese joven que le acompaña, ¿quién es?

CAB. 2.º Su protegido; tiene un nombre muy vulgar, se llama Pedro Morain.

CAB. 1.º No he oído nunca ese nombre. (Pausa.) ¿Queréis que volvamos al salón? (Vanse.)

MAR. ¿Estás contento?

MOR. No sé, ¡parece que estoy soñando!

MAR. Pues no sueñas, que estás bien despierto. Estamos en el baile de la embajada de Italia, hoy es doce de Diciembre, y te he presentado á la nueva embajadora, Princesa de Cortonia.

MOR. Sí, ya sé que... pero...

MAR. Comprendo que te asombres al ver tu suerte tan próspera desde hace algunos años.

MOR. Gracias á vos...

MAR. Bueno, convengamos en que yo he ayudado á la suerte.

MOR. Os lo debo todo.

MAR. Todo no. A mí no me debes la existencia, eso sería una ofensa para tu madre.

MOR. Menos la vida, todo os lo debo. Cuando niño, me recogísteis allí en Saint-Aulain; me habéis...

MAR. Basta, no prosigas.

MOR. ¿Por qué?

MAR. Por que olvidarías muchas cosas; demasiado sé lo que he hecho por tí. ¿Y sabes tú por qué razones lo he hecho?

MOR. Sí que las sé.

MAR. Vamos á ver, dímelas.

MOR. Porque soy el único hijo de vuestro guarda bosque, un antiguo y valiente soldado.

MAR. Buena persona. Murió de un modo desastroso, víctima de su imprudencia; jugando con el gatillo de un revólver, se le escapó el tiro y...

MOR. Muerto mi padre, mi madre y yo continuamos siendo vuestros servidores; mi pobre madre murió también al poco tiempo de pena y de dolor, y entonces me quedé sólo en el mundo, huérfano, y no tenía más que diez años. Vos ..

MAR. Calla, sé lo que vas á decir; tuve piedad de tí y te protegí.

MOR. Sí señor.

MAR. No, no es eso; es otra cosa. Cuando quedaste huérfano dabas lástima, tan pálido, con la blusita negra, no te puedes imaginar hasta qué punto eras interesante; parecías un cro-

mo romántico. Tenía la seguridad de que la caridad, la monstruosa caridad, iba á caer sobre tí; tenía pena presintiendo el mal horrible que se preparaba en contra tuya; te veía rodeado de gente honrada, mantenido con falsas esperanzas, hastiado de humillaciones y promesas, cansado de consejos, más despreciado que socorrido, errante de puerta en puerta, aceptado y despedido, olvidado cliente de la limosna, servil y odioso, penando, sufriendó, trabajando, tirando, en fin, de esta odiosa vida, como bestia uncida á una carreta.

MOR. ¡Qué triste porvenir me esperaba!

MAR. Te lo repito, eras un niño encantador, dejabas adivinar la hermosura varonil del futuro hombre, y me dije: ¡he aquí una criatura que quiero hacerla feliz!

MOR. Y lo habéis conseguido.

MAR. Me alegro, pero te aseguro que al principio tuve que luchar con el filantrópico y rígido Le Chesne.

MOR. ¿Cómo? ¿El que se casó?...

MAR. Sí. El que se ha casado con mi mujer cuando cesó de gustarme y se divorció de mí. El quería llevarte consigo y hacer tu felicidad. Hubiera sido tu desgracia. Yo me opuse á ello y gané la partida. Soñaba para tí lo que no he podido realizar para mí, sino á medias. Quise que fueses rico, elegante, lleno de desprecio por los hombres y desprecio por las ideas, sin escrúpulos, sin fe, ¡inútil equipaje! te quería también con un corazón ligero y una conciencia muy ancha. Por eso te mandé á educar en el extranjero, á que respirases otro ambiente que el de Francia; aquí te hubieses entristecido. Has sido un colegial sin patria, sin hogar, y gracias á mí tienes educación primorosa é internacional. Dos años has estado en Alemania, dos en Italia, tres en Inglaterra, y no hace más que pocos días has vuelto á tu patria á cumplir tus diez y nueve años, que celebramos hoy. Pues, bien, no es para ala-

barme, pero, ¿qué quieres que te diga? estoy contento de mi obra. Ya te he abierto el camino, síguelo. Abre bien los ojos, cierra el corazón, sigue, en fin, tus caprichos en todas las cosas. Crea fantasías para tener el gusto de realizarlas. En fin, chico, ocúpate de las mujeres y no tengas más que una idea: engañarlas.

MOR. Con la condición de que ellas me engañen antes.

MAR. Poco importa. Engáñalas tú siempre por nada, por gusto, por capricho, por *chic*; no hay más que acostumbrarse; no creas en ellas y ellas creerán en tí, no te dejes dominar, guárdate bien de tomarlas cariño, porque entonces eres hombre perdido. No temas á ninguna, desconfía de todas. Las que se dicen buenas, son las peores, su virtud no es más que una careta. Cuando se enorgullezcan, aplástalas, písalas; no hay cosa que más sientan y para tí no habrá mejor alfombra, y sobre todo, ¡no te cases nunca!

MOR. ¿Y entonces por qué os casásteis vos?

MAR. Para divorciarme y probar de todos los estados.

MOR. Sin embargo, el hogar, la familia...

MAR. Tonterías; quédate soltero.

MOR. Siempre solo...

MAR. No, siempre solo, no; se tienen enemigos, amigas, criados, toda la humanidad, ¿qué deseas más? Desde luego nunca estarás solo, pues siempre me tendrás á mí.

MOR. Ciertamente.

MAR. Mientrae has estado lejos no he hecho caso de tí. Desde hoy quiero que seamos compañeros.

MOR. ¿Lo decís de veras, señor?

MAR. Nada de señor, llámame tu amigo, así, Juan; y tutéame.

MOR. No me atreveré nunca.

MAR. No seas niño, á todo se atreve uno. Oye, dime, ¿te gustan las habitaciones que te he mandado amueblar en mi hotel?

MOR. ¿No me han de gustar? Muchísimo.

MAR. ¡Estás en tu casa! Fuera de la renta que te paso, mi dinero es el tuyo, cuando necesites algo, pides, mandas; todo lo que tengo es tuyo, hasta mis queridas si las quieres. (Gesto de disgusto de Morain.) No te pareces á Brabaçon. ¡Ese sí que no tiene escrúpulo de ninguna clase!

MOR. Pues no deseo parecerme á él.

MAR. Tienes mucha razón, no es un modelo precisamente, es grotesco, me imita en todo, se cree otro yo. Esto me distrae. ¡Vaya! Vamos. ¿Me tienes que decir alguna cosa más?

MOR. Sí, expresarle una vez más toda mi gratitud.

MAR. ¡Quita de ahí! Si tú no me debes nada.

MOR. Ya lo creo que os debo; ¡mucho!

MAR. Te dispenso de ello. Agradecido me disgustarías mucho. El agradecimiento no es más que mentira. El deudor odia siempre á su bienhechor. Es su desquite. Yo no te pido ni que me quieras ni que me aborrezcas.

MOR. ¿Qué me pedís entonces?

MAR. Que tomes mi ejemplo. ¡Que seas un calavera!

MOR. ¿Por qué no queréis que os demuestre mi cariño?

MAR. Porque es inútil.

MOR. Espero al menos probároslo.

MAR. Imposible.

MOR. ¡Qué daño me hacéis!

MAR. ¡Qué niño!

MOR. Pero ¿por qué sois así? Tiene que haber alguna causa. ¿De dónde proviene ese pesimismo horrible y esa feroz alegría en el desprecio?

MAR. No lo sé, pero viene de muy lejos. Mira, en todos los crímenes, orgías y dramas sangrientos del pasado, se encuentra mezclado el nombre de Priola. Uno fué poeta protegido de César Borgia; otro terriblemente célebre en Roma; otro intervino en el asunto del duque de Guisa en Blois; otro en las cenas del regente, y el último fué regicida amigo de Saint-Just, y mis padres fueron dignos suce-

sores de ellos. Mi padre era inmensamente rico, muy jugador; recogió á mi madre en las calles de Londres; al mismo tiempo la adoraba, la engañaba y la pegaba; á los treinta y ocho años, hastiado de la vida y no pudiéndose arruinar, se saltó la tapa de los sesos.

MOR. ¿Y vuestra madre?

MAR. Parece que fué una mujer admirable y encantadora, como cuerpo... Han hecho sus retratos infinidad de célebres pintores.

MOR. ¿Se ocupó de vos?

MAR. Así así. Tenía algo más importante que hacer; cuidarse, arreglarse y prodigar su belleza. Manos mercenarias cuidaron de mi infancia. Oía á los lacayos murmurar de los amos; á los catorce años sabía yo más de lo que debía. Al año siguiente le confié á mi madre mi primer pecadillo de amor; se rió: claro, me quería á su manera: como se quiere á un perrito faldero. Es la única y verdadera amiga que he tenido. Vivió bien, pero concluyó mal.

MOR. ¿Y cómo fué eso?

MAR. Se metió en un convento en España. Todo esto, hijo mío, me ha desengañado, he visto la realidad de las cosas y la hipocresía del mundo. No es para mí esta vida de mentira y podredumbre sin grandeza. Yo debía haber vivido en otros tiempos fogosos, en donde no se conocía el escrúpulo ni el remordimiento, en donde el hierro y el fuego, el puñal y el veneno, estaban permitidos al hombre y bendecidos de Dios. (Mirando fijamente á Morain.) ¿En qué piensas?

MOR. Mucho debéis haber sufrido para pensar y hablar de esa manera.

MAR. No lo creas; he nacido invulnerable, he podido hacer sufrir mucho á los demás, pero el mal ajeno no me ha preocupado nunca.

MOR. Sin embargo, no sois malo.

MAR. No soy bueno más que para mí.

MOR. Lo que habéis hecho conmigo prueba lo contrario.

MAR. Tú eres una excepción, y después de todo, tú no puedes comprenderlo, soy muy raro. Cuando intentes estudiarme te volverás loco. Y ahora, para concluir, te voy á dar una gran noticia esta misma noche, sobre el campo de batalla, para que recuerdes tu entrada en el mundo.

MOR. Decid pronto, me asombrais.

MAR. No tengas cuidado; te dejo heredero de mi nombre y de mis bienes.

MOR. (Con asombro.) ¡A mí!

MAR. Sí, á tí, á tí.

MOR. Pero...

MAR. Yo no tengo hijos, ni naturales, ni legítimos; no es culpa mía; tú ocuparás ese lugar desde hoy. Te llamarás Priola, suena mejor que Morain.

MOR. No digo que no, pero es que...

MAR. Mira, amigo mío, te lo voy á confesar: si á algo en este mundo tengo apego, es á mi nombre.

MOR. Lo comprendo; de manera que yo me llamaré...

MAR. Priola, nombre hermoso que hace estremecer de deseo á las mujeres; nombre glorioso en las guerras y conquistas. Y, ¿ves?, al pensar que mi nombre moriría conmigo, me entra una tristeza y al mismo tiempo una gran desesperación; no quiero que mi nombre, el nombre de Priola, desaparezca y por eso te lo dejo á tí. Basta por hoy, ya hablaremos otro día y esperando que te dé ese nombre, haz méritos para obtenerle.

MOR. ¿Cómo?

MAR. ¿No ves allí un conjunto de seres encantadores, de lindas jovencitas, con el seno descubierto?

MOR. Sí; pero entre ellas hay también mujeres casadas, viudas, algunas son hasta madres de familia.

MAR. Todas son iguales.

MOR. Todas no.

MAR. Sí, sí. (Riéndose.) Sin distinción, todas son tuyas, son mujeres. Vé á buscarlas.

ESCENA II

PRIOLA, MORAIN y el DOCTOR SAVIÈRES

DOCTOR (Sorprendido.) ¿Cómo vos por aquí?

MAR. Sí, aquí me tenéis. Conocí á la Princesa Cortonia antes de casarme, cuando era secretario de la Embajada en el Quirinal.

DOCTOR Es verdad, siempre he sentido que os hubiéseis retirado. Sois de la madera de los grandes diplomáticos.

MAR. (Dirigiéndose á Morain, para presentárselo á Savières.) Aquí os presento á mi protegido, el señor Morain.

DOCTOR Ya he oído hablar de él. ¿Esta es vuestra buena acción? (Saludando á Morain.) Señor Morain...

MAR. (Presentando Savières á Morain.) El señor de Savières, hombre escéptico y frívolo, mi médico, que se dice, (Dirigiéndose á Morain.) mi amigo.

DOCTOR Y que lo es. (Dándole en la placa que tiene en el pecho.) ¡Hé aquí una cruz de calidad; esto se lo debéis á las mujeres!

MAR. ¡Naturalmente!

MOR. ¡Cómo reluce!

DOCTOR Como espejuelo de alondras. (Con intención.)

MAR. (A Morain.) Vé á buscar á Brabaçon y dile que te presente á las más hermosas. (Vase Morain.)

ESCENA III

PRIOLA y el SEÑOR DE SAVIÈRES

MAR. ¿Dónde está la señora de Savières? No la veo. Verdad es que la gusta poco la sociedad. Siempre será un enigma para mí, que esta hermosa y rígida protestante se haya casado con vos, que sois libre pensador.

DOCTOR Nada más lógico; creía que en casándonos me convertiría.

MAR. ¿Lo ha conseguido ya?

DOCTOR Ha tenido que renunciar á ello; pero hablemos de otras cosas más importantes. A pesar de sus rarezas, la señora de Savières vendrá esta noche al baile.

MAR. ¿De verás? Me asombráis.

DOCTOR ¿Y sabéis con quién viene?

MAR. No, ¿cómo lo he de saber?

DOCTOR Con los señores de Le Chesne.

MAR. ¿Con mi mujer?

DOCTOR Sí, con la que fué vuestra mujer.

MAR. ¿Entonces, conocen á la Embajadora?

DOCTOR Sin duda.

MAR. ¡Bah! (Pausa.) ¿Pero, cómo sabéis que viene?

DOCTOR Hemos comido en su casa, y...

MAR. Sí, os visitais con mucha frecuencia.

DOCTOR Os acordaréis que mi mujer era íntima amiga de la vuestra. Al concluir la comida tuve que salir precipitadamente á asistir á un enfermo, y como el deber profesional es antes que todo, tuve que dejar á esas señoras que vendrán dentro de breves instantes.

MAR. ¿Vendrán acompañadas del señor Le Chesne?

DOCTOR No, el señor Le Chesne, tiene que ir por precisión á otro lado; aquí vendrá á buscarnos más tarde. (Fijándose en Priola.) ¿Pero qué pensativo estáis? ¿qué os pasa?

MAR. (Friamente.) A mi nada.

DOCTOR Sí, acariciáis una idea, nada buena por cierto.

MAR. ¡Psch! Tomo las cosas según vienen.

DOCTOR Adivino lo que estais pensando.

MAR. Entonces me alegro, no tendré necesidad de decíroslo.

DOCTOR Pues bien, desechad esos pensamientos; no los llevéis á efecto.

MAR. ¿Y por qué?

DOCTOR Por muchas razones, que sería demasiado largo explicaros en este momento.

MAR. (Con ironía.) ¡Qué lástima!

DOCTOR Pero ya os las diré.

MAR. ¿Cuándo?

DOCTOR En mi casa y cuando querais.

MAR. (Riéndose.) ¡Una consulta, tiene gracia! Sois comerciante hasta la exageración. Iré. (Un poco más serio.) No digo que no.

DOCTOR Pues os espero, pero entre tanto, seguid mi consejo. Mucho juicio, y muchísimo descanso. ¡Vivís tan deprisa...!

MAR. Cumplo mi deber..

DOCTOR Yo cumplo el mío advirtiéndoos (Acercándose más á Priola) Aunque soy escéptico y ligero como vos me calificais, hay veces que me vuelvo serio. Vamos á ver, querido Marqués, ¿no veis algunas veces las cosas dobles?

MAR. Sí, ya lo creo.

DOCTOR ¡Ah! ¡Entonces comprenderéis!...

MAR. Cuando miro el escote de alguna mujer hermosa.

DOCTOR ¡Vaya! ¡Siempre estais de broma! No sois serio. (Fijándose en Bravaçon que entra.) Os dejo con vuestro clown para que os divierta. Os aburrís.

ESCENA IV

DICHOS y BRABAÇON

BRAB. ¿Os vais, Doctor? ¿Huís de mí?

DOCTOR No por cierto, querido amigo. (Se va.)

BRAB. (Acercándose á Priola.) ¿La has visto, chico? En este instante acaba de llegar.

MAR. ¿Quién?

BRAB. ¡Hombre! Teresita.

MAR. ¿Qué Teresa?

BRAB. ¿Pero en qué piensas? La señora de Valleroy, la que asedias estos días con tanto afán.

MAR. (Con ironía.) ¡Bah, insignificante conquista! Se llama Teresa, es verdad, pues se me había olvidado.

BRAB. ¡Eres sublime! ¿Van bien esos amores? ¡eh! ¿Cómo andamos? Cuéntamelo, que estoy deseoso de saber algo.

MAR. ¡Sosiégate, hombre, que te puede dar un ataque de nervios!

BRAB. Ya sabes que cuando emprendes una nueva conquista estoy en este estado hasta que la consigues. Es natural; nos conocemos desde nuestra primera amiga, hemos tenido juntos infinidad de pasiones, tenemos muchos puntos de semejanza; tenemos también los mismos gustos, nos viste el mismo sastre, en fin, ya es tanta la igualdad, que nos parecemos física y moralmente.

MAR. Tienes mucha razón, así es.

BRAB. (De más en más entusiasmado de sí mismo.) Tengo tu perfil y tu elegancia.

MAR. Más. (Con sorna.) ¡Mucho más!

BRAB. En fin; que puedo decir que como tú soy el hombre soñado por las mujeres.

MAR. Lo somos, si te parece.

BRAB. Claro está; pero ya sabes que todo lo que te concierne es como si fuera cosa mía, tus deseos, tus felicidades, todo lo tuyo; hasta me apasiono en tu juego como si jugase yo; si ganas, me alegro tanto ó más que si yo ganase.

MAR. ¿Y cuando pierdo?

BRAB. Eso no pasa nunca.

MAR. Quita de ahí, falso adulador. ¿Dónde está Pedro?

BRAB Por ahí, entre las faldas... ¡Tiene un exitazo loco!

MAR. ¡El llegará! Encárgate de él. Vigílale y entretenlo, quiero estar solo.

BRAB. Entendido. ¿Vas á trabajar, eh? (En este momento entra en escena la señora de Valleroy, acompañada de caballeros 1.° y 2.°)

MAR. Sí, voy á empezar. Ahí viene Teresita. Viene á revolotear alrededor del fuego. La casualidad no la ha traído aquí, no; y se ha hecho acompañar por estos dos necios. (La señora de Valleroy se sienta y los caballeros se quedan de pie.) Me ha visto. Verás cómo los despide y se queda sola. (Los caballeros se van.) Ves, ¿no te lo decía yo? Vete pronto y déjame.

BRAB. Buena suerte y que te diviertas.

MAR. También á tí te gusta, ¿eh?

BRAB. Ya lo creo que me gusta, pero como á tí...

MAR. ¡La quiero, lo sabes, y cuidado!
BRAB. No temas, no te la reclamo, eres el amo y callar es mi obligación.

ESCENA V

EL MARQUÉS DE PRIOLA y la SEÑORA DE VALLEROY

SRA. VAL. ¿Hace tiempo que me buscábais?
MAR. Yo os esperaba solamente. ¿Cuándo vais á cumplir vuestra promesa?
SRA. VAL. ¿Qué promesa?
MAR. No finjais ignorarlo. La de venir á ver mi colección de almanaques, que es muy bonita.
SRA. VAL. Nunca os prometí semejante cosa.
MAR. ¿Lo creeis así?
SRA. VAL. Como que estoy segura.
MAR. Entonces prometédmelo ahora.
SRA. VAL. Es imposible.
MAR. ¿Por qué?
SRA. VAL. Por mi reputación.
MAR. ¿Y tenéis en más vuestra reputación que vuestra virtud?
SRA. VAL. Lo mismo. Pero estais loco. ¿Cómo queréis que vaya á vuestra casa en pleno día?
MAR. Si lo preferís venir en procesión de antorchas...
SRA. VAL. No... Preferiría...
MAR. Gracias. Es una confesión. Conque aceptáis, ¿verdad?
SRA. VAL. ¿Aceptar el qué? Haced el favor de explicaros. (Se ríe.)
MAR. Vaya, que no estáis segura todavía de vuestro corazón.
SRA. VAL. Dejad mi corazón en paz, que nada tiene que ver aquí.
MAR. ¡Dejémoslo! Pero tampoco estáis segura, ni de vuestro espíritu ni de vuestros sentidos.
SRA. VAL. ¡Vamos! .. Ahora mis sentidos; divagais amigo mío. Aunque no queráis creerlo, os digo que estoy segura de mí misma.

MAR. ¿Entonces de quien no estáis segura es de mí?

SRA. VAL. ¡Claro! ¡Sois un hombre tan perverso!

MAR. No me alabéis.

SRA. VAL. Y ademas, vuestros almanaques tienen muy mala fama. (Con intención.) ¡Jamás los veré!

MAR. Peor para ellos.

SRA. VAL. Y para vos.

MAR. Tenéis razón.

SRA. VAL. Y luego, amigo mío, los habéis enseñado á mucha gente, así es que cuando hablan de alguna señora y dicen que ha visto los almanaques del Marqués de Priola... ya se sabe lo que significa.

MAR. ¿Y qué significa eso? (La señora de Valleroy levanta los hombros y se ríe.) No os atrevéis á decirlo, tenéis miedo.

SRA. VAL. ¡Claro está!

MAR. Tenéis miedo de todo; creía que erais otra cosa.

SRA. VAL. Es mi carácter, y después de todo... si no hace más que dos meses que me conocéis, ¿por qué me hacéis esa corte tan asídua si no me queréis?

MAR. ¿Yo no quereros, si os adoro? Os quiero como ninguna mujer ha sido ni será querida en este mundo. Solamente que ni os lo digo ni os lo demuestro, pues bastaría que os lo dijese para que no lo creyérais, mientras que callando...

SRA. VAL. ¿Esperáis que lo crea? Decídmelo francamente, sin mentir.

MAR. Yo no miento nunca.

SRA. VAL. Vamos á ver, en este instante, ¿cuántas amigas (Con aire picaresco.) tenéis?

MAR. Os vais á asombrar.

SRA. VAL. No; de vos no me asombra nada.

MAR. No tengo ninguna.

SRA. VAL. ¿No?... ¿De veras?

MAR. Aunque os parezca mentira, es, sin embargo, la verdad. El mes pasado rompí con las que me quedaban, de las cuales estaba hastiado. ¿Queréis que os diga sus nombres?

SRA. VAL. ¿Para qué? Es inútil.

MAR. Llevo ya cinco días que estoy vacante. Es un escándanlo

SRA. VAL. ¿Y contais conmigo para que os acompañe?

MAR. Sí.

SRA. VAL. Perdéis el tiempo.

MAR. Ya me desquitaré.

SRA. VAL. Con otra, sí. Conmigo... no; traeis muy mala sombra á las personas que os aman.

MAR. No tienen más que aborrecerme. ¡Es tan fácil!

SRA. VAL. Dos de vuestras amantes, antes de casaros murieron por vos

MAR. Dispensad: una sola se suicidó.

SRA. VAL. ¿Y no encontrais eso suficiente? ¡Y en fin, vuestra misma esposa!

MAR. ¡Ah! ¡Esa sí que no ha muerto!

SRA. VAL. ¿Y qué, se lo reprochais?

MAR. No; pero se empeñó, contra mi voluntad, en quererme más que las demás.

SRA. VAL. Antes no digo, pero lo que es ahora... Hace tiempo que no piensa en vos. ¡Se ha vuelto á casar!

MAR. ¡Bastante lo siente! ¡Como que es mi viuda inconsolable, creedlo!

SRA. VAL. Vamos...

MAR. Lo que os digo es la verdad. Además es forzoso. No tenéis más que ver el tipo del segundo marido que ha escogido.

SRA. VAL. Cómo os gustan las comparaciones...

MAR. Eso no... ¿Tengo necesidad de compararme con alguien para estar seguro de ser el preferido?

SRA. VAL. El señor Le Chesne, según he oído, no es un cualquiera.

MAR. En los brazos de su mujer desde luego que no

SRA. VAL. Sois terrible.

MAR. ¿Por qué me hacéis el elogio de ese imbécil? ¿Lo conocéis?

SRA. VAL. No, no le he visto nunca.

MAR. ¿No? Pues os voy á hacer su retrato. Un pobre hombre con el pelo todo blanco, con una cabeza hermosa é interesante, lleno de bondad, tiene la palabra fácil, el corazón noble

y generoso, es presidente y consejero de cincuenta y tantas obras de beneficencia, añadiendo á esto el ser millonario y comendador de la Legión de Honor. En fin, ya veréis el entierro que llevará el día que se muera. A ese iré.

SRA. VAL. El retrato que me habéis hecho de ese caballero, es el retrato de todo un hombre de bien.

MAR. Ya lo veis, por eso lo encuentro yo insulso, hasta repugnante. En cuanto á mi mujer, á la que tampoco conocéis, y que hacéis muy mal en hablarme de ella, es una mujer trivial, enamorada de mí y que nunca he podido mirar sin burlarme de ella.

SRA. VAL. Sin embargo, la dijísteis que la amábais...

MAR. ¡Qué remedio! Al principio para gustarle, luego... la buena educación exige...

SRA. VAL. ¡Y la habéis hecho sufrir tanto! Vaya, que si yo os hiciera caso me haríais tan desgraciada como á ella

MAR. No; primero, no sois mi mujer, y luego que no se hace sufrir más que á los que nos quieren, y vos no me amais, al menos hasta ahora. Por esta misma razón me gustais. No hablemos más de mi mujer y...

SRA. VAL. Al contrario, sigamos hablando de ella; ¿es guapa?

MAR. Sí, pero su belleza se agostó antes de divorciarme con ella.

SRA. VAL. ¿Cuánto tiempo hace que se casó con Le Chesne?

MAR. Tres años.

SRA. VAL. ¿La habéis vuelto á ver?

MAR. Nunca.

SRA. VAL. Me sorprende.

MAR Pues así es.

SRA. VAL. ¿Pero, cómo; ni por casualidad os habéis encontrado nunca con ella en el mundo, siendo tan pequeño?

MAR. ¡Pero París es tan grande!...

SRA. VAL. Vamos á ver, si os encontraseis de buenas á primeras con ella, ¿qué haríais?

MAR. ¿Así de pronto?

SRA. VAL. Claro. ¿Qué haríais?
MAR. No sé. Comprenderéis que ella. .
SRA. VAL. ¿Y vos?
MAR. ¡Oh, yo me dominaría! (En este momento entra la señora de Le Chesne y la señora de Savières y apereibiéndose de ello Priola.) Mirad, aquí tenéis la prueba.
SRA. VAL. (Sorprendida y con interés y curiosidad.) ¿Cuál es?
MAR. La morena. (Priola no se mueve)

ESCENA VI

DICHOS, las SEÑORAS LE CHESNE, DE SAVIÈRES y PEDRO MORAIN. Las señoras Le Chesne y de Savieres atraviesan el escenario. La señora Le Chesne ve al Marqués de Priola, se emociona, y para no caerse se apoya en el brazo de la señora de Savieres, que no ha comprendido lo que pasa

SRA. SAV. ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?
SRA. CHES. (Bajo.) Mi marido.
SRA. SAV. (Viendo á Priola) ¡Por Dios, tranquilízate! (Hace ademán de retirarse.)
MAR. (A la señora de Valleroy.) ¿No os lo dije?
SRA. VAL. (Con desprecio é imperio.) Haced el favor de mandar que se acerque el coche.
MAR. ¿Os vais tan pronto?
SRA. VAL. En seguida (Priola le ofrece el brazo, que ella acepta y se sonríe.)
MAR. Sonreíros, que nos ve. (En este momento Pedro Morain, que entró hace poco en escena, fijándose en la señora de Le Chesne, se acerca á Priola, que va á salir del brazo con la señora de Valleroy, y le dice bajo.)
MOR. Decid, señor, no me equivoco, ¿habéis visto á esa señora que acaba de entrar?
MAR. Sí, amigo, mío, es ella, ¿la has conocido? Puedes hablar delante de esta señora. (Presentación mutua.) La señora de Valleroy. (A Morain.) El señor Pedro Morain. (A la señora de Valleroy.)
SRA. VAL. Lo sé todo, salgamos por aquí.
MAR. (A Morain.) No vuelvas la cabeza. (Salen los tres.)
SRA. SAV. (A la señora de Le Chesne.) Mira, se va, tranquilízate.

ESCENA VII

SEÑORA LE CHESNE y SEÑORA DE SAVIÈRES

SRA. CHES. ¿Has visto cómo me miraba?
SRA. SAV. Sí, con bastante insolencia.
SRA. CHES. No ha cambiado, parece más joven.
SRA. SAV. A mí no me parece...
SRA. CHES. ¿Quién es esa mujer que iba con él?
SRA. SAV. La señora de Valleroy, (Con desprecio.) una de tantas.
SRA. CHES. ¿Es casada?
SRA. SAV. No se conoce á su marido. Vive en el extranjero.
SRA. CHES. ¡Ah!
SRA. SAV. ¿Sabes lo que haría yo en tu lugar? Pues me iría de aquí.
SRA. CHES. No puedo. Le Chesne debe venir á reunirse con nosotros, bien lo sabes tú.
SRA. SAV. Por eso no te apures, le mandaré decir que te has puesto un poco indispuesta y que te has tenido que marchar.
SRA. CHES. No. ¿Qué pensaría de mí?
SRA. SAV. ¿Quién, tu marido?
SRA. CHES. ¡No, mujer, el Marqués de Priola! Si yo me fuera creería que tengo miedo de él.
SRA. SAV. ¿Y te preocupas de lo que el Marqués pueda pensar de tí?
SRA. CHES. No me preocupa nada.
SRA. SAV. (Cogiendo las manos á la señora de Le Chesne y mirándola fijamente.) Mírame bien; ¿tú le amas todavía? No mientas.
SRA. CHES. ¿Yo quererle? ¡Estás loca!
SRA. SAV. Entonces, vámonos de aquí, y te creeré.
SRA. CHES. (Esforzando la risa.) Vamos, no seas tonta, cualquiera que te oyera pensaría que estoy aquí en peligro.
SRA. SAV. ¡Y en gran peligro!
SRA. CHES. Pero, dime, ¿temes que yo hable con Priola?
SRA. SAV. ¿Y si te habla él?
SRA. CHES. (Con temor, angustia, y al mismo tiempo deseo.) ¿Y crees que se atrevería?

SRA. SAV. Bien sabes que ese hombre es capaz de todo. Vamos á ver, y si te viene á hablar, ¿qué harás?

SRA. CHES. No vendrá, y si así fuese, lo recibiría de tal manera que no le quedaría gana de reincidir.

SRA. SAV. (Viendo á Priola que entra.) ¡Qué inocente eres! ¡Ahí le tienes! Ya estarás contenta.

SRA. CHES. ¡No me dejes, por Dios!

SRA. SAV. No, no te dejo; estate tranquila.

SRA. CHES. No. Vete; prefiero que te vayas.

SRA. SAV. (Resuelta.) Me quedo; no me voy.

SRA. CHES. (Decidida y furiosa.) Vete. Vete; si no te vas tú me iré yo.

SRA. SAV. Ah, Juana, Juana, ¿qué es lo que vas á hacer? (Se va muy desconsolada.)

ESCENA VIII

EL MARQUÉS DE PRIOLA y LA SEÑORA DE LE CHESNE. Priola saluda á la señora de Savières que no le devuelve el saludo y que se va desconsolada, y se acerca á la señora de Le Chesne, á quien saluda. Momento de gran silencio en la escena

SRA. CHES. (Esforzándose.) ¿Qué me queréis?

MAR. No temais.

SRA. CHES. ¿Creéis que tengo miedo?

MAR. Sabéis muy bien que me sois sagrada por todo el mal que os he hecho.

SRA. CHES. Basta, ¿qué me queréis?

MAR. Nada, que en medio de este bullicio pensaba en vos. No os riais, siempre pienso en vos.

SRA. CHES. ¡Remordimientos!

MAR. Mas que eso. Cuando de pronto me habéis aparecido, he vuelto á ver frente á frente la dicha perdida de mi vida. Os he encontrado después de cuatro años de una separación...

SRA. CHES. ¡Eterna!

MAR. ¡No, Juana, no! Cuando os ví, entonces, con

el corazón lleno de angustia he querido acercarme á vos, hablaros y deciros...

SRA. CHES. Ni una palabra más.

MAR. La última. Dejad que os diga la última: que os amo, que estoy arrepentido y desesperado. Sé muy bien que me odiais.

SRA. CHES. No odio á nadie.

MAR. ¡Gracias, oh, mil gracias! ¿Conque no me odiais? No me atrevía á esperarlo. Sin embargo, bien vengada estais, al menos vos sois feliz.

SRA. CHES. Sí, muy feliz.

MAR. Me alegro. Nada me puede ser más grato, en medio de mi dolor, que el saber sois dichosa. Tenéis la verdadera felicidad; la paz, la estimación y la admiración de las personas honradas. Como merecíais todo eso, yo no era digno de vos.

SRA. CHES. Os suplico, caballero...

MAR. He concluído. Veo que os es penosa esta entrevista.

SRA. CHES. Muy penosa...

MAR. Tengo una tristeza profunda, una amargura tan grande... Es mi castigo. Tenía el cielo con vos y no supe comprender tanta felicidad hasta el día que lo he perdido.

SRA. CHES. ¿Quién tiene la culpa?

MAR. Yo, yo solo soy el culpable: pero ¡ay! cómo lo estoy expiando; ya no soy el mismo hombre.

SRA. CHES. Ni yo la misma mujer.

MAR. Verdad es; la Marquesa de Priola...

SRA. CHES. La Marquesa de Priola ha muerto.

MAR. ¿Estais bien segura?

SRA. CHES. Adiós. (La señora de Le Chesne se acerca á la señora de Savieres, que entraba en escena en ese momento, pues estaba vigilando á la señora de Le Chesne. Viene hacia ella.) Vámonos, vámonos de aquí. (Salen. Brabaçon entra.)

ESCENA IX

EL MARQUÉS DE PRIOLA y BRABAÇON

BRAB. ¡Pero sabes que te admiro! ¡Qué original eres! (Se miran y sonríen.) Antes te dejé con la rubia y ahora vuelvo y te encuentro...

MAR. Con mi morena legítima.

BRAB. ¿Entonces os volveréis á casar?

MAR. Todavía no.

BRAB. Ella estaba aquí, y tú, ¿has tenido el atrevimiento de hablarla?

MAR. Una antigua conquista.

BRAB. ¿Y qué te ha dicho ella?

MAR. Nada.

BRAB. Pues no es mucho.

MAR. ¿Sabes que está más guapa que nunca?

BRAB. ¡Vamos, no seas romántico! Y á propósito de romances. ¿No sabes lo que dicen por ahí?

MAR. ¿Qué dicen?

BRAB. Que Morain es tu hijo.

MAR. Dicen eso, ¿eh? Pues bien, se equivocan.

BRAB. Permite. Vamos á ver. Ese chico lo has recogido de pequeño, lo has educado como un príncipe, no le niegas nada, ¿y todavía pretendes disuadirnos?

MAR. Yo no pretendo nada, he hecho eso como hubiera hecho otra cosa, un capricho, y también para dar que hablar. Por orgullo

BRAB. ¿Cómo?

MAR. He observado que en este mundo para ser considerado por la gente respetable y honrada, no es necesario ser virtuoso ni tener buenas cualidades; aunque se lleve una vida mala, por muy depravada que sea, en teniendo una buena acción ó acto de caridad transcendente de que alabarse, es lo suficiente para borrar lo demás.

BRAB Eso es verdad. Pero hay también otra clase de buenas acciones.

MAR. Claro que sí; unos pasan por hijos modelos aunque hacen miles de horrores, juegan, se

emborrachan, pero cuidan á su madre viejecita, les dan el brazo para bajar la escalera, les parten el pan y cortan la carne en la mesa, hacen mil monerías, y con esto cubren el expediente y son aclamados como seres sobrenaturales, infinitamente buenos, les rodean en ñn de algo divino. Otros paran un caballo desbocado para que pongan su nombre en los periódicos, otros han hecho salvamentos en los incendios... en fin, ¡qué sé yo! Todos los pillos tienen buenas acciociones; por eso yo he recogido á una criatura pobre y hago con él las veces de padre, sin que el chico sea hijo mío, pues en este caso lo haría sin que fuese caridad. Ese, ese es el mundo. ¿Digo yo bien, Brabaçon? Y eso que yo no defiendo al Marqués de Priola, vil seductor de mujeres, sacrílego en el amor, todo lo que querais, pero tiene una acción buena en su vida, una hermosa acción con la que hace callar las bocas maldicientes.

BRAB. (Con voz fingida.) Y esa hermosa acción que concedéis al Marqués de Priola, ¿cuál es?

MAR. ¡Cómo, caballero! ¿Ignorais que ha recogido al hijo de uno de sus guarda-bosques, que lo ha educado y se ha hecho cargo de él?

BRAB. ¡Ah! ¿Conque ha hecho eso? No lo sabía. Dispensadme, Marqués. (Recobrando su voz.) Todo esto está muy bien hablado, pero basta de bromas. Puede venir alguien y decirme: la buena acción de vuestro Marqués, no es tan hermosa como pretendéis, es muy dudosa. ¿Qué le contesto, vamos á ver?

MAR. (Con insolencia.) ¿Cómo dudosa?

BRAB. Sí, señor, porque antes de ser huérfano el niño, tenía una madre.

MAR. Naturalmente, hombre.

BRAB. Y el Marqués fué su amante. Porque tú lo has sido

MAR. Sí, es verdad; (Con temor.) pero calla, no hables tan alto, que te pueden oir.

BRAB Y bien sabes que el padre, el guarda-bosque, no fué víctima, ni de imprudencia ni

de casualidad, como han pretendido demostrar, sino que él mismo se pegó un tiro. ¿No es verdad.

MAR. Sí, todo es verdad, pero eso no lo pueden decir, porque nadie lo sabe.

BRAB En fin, veamos; ¿por qué se mató el marido?

MAR. Hombre, me pides demasiado. ¡Yo qué sé! Un acto de locura; desesperado al verse engañado por su mujer. Por una carta que me escribió sorprendió nuestros amores. Ella tenía la manía de escribir cartas.

BRAB. Y tú la debilidad de guardarlas.

MAR. No, las cartas todas las quemaba, no tenían de interesante más que la ortografía, que era lo que había que ver.

BRAB. Silencio, que aquí está el angelito fruto de esos amores. (Morain entra del brazo de la señora de Valleroy.)

MAR. Con Teresa.

BRAB. (Bajo á Priola.) Nos la sopla.

ESCENA X

DICHOS, MORAIN y señora de VALLEROY

MAR. (A la señora de Valleroy) ¿Cómo, señora, todavía estáis por aquí? Teníais tanta prisa antes...

SRA. VAL. La culpa la tiene el señor Morain; es tan simpático, que en cuanto nos hemos hablado nos hemos hecho amigos.

MAR. No me extraña.

SRA. VAL. Ha viajado mucho.

BRAB. (A la señora de Valleroy.) Vos también habéis viajado.

SRA. VAL. En seguida tuvimos muchas cosas que contarnos, pero ahora sí que me voy.

MAR. ¿Ahora va de veras? ¿Os vais?

SRA. VAL. ¿Quién sería tan galante de ir á buscar mi abrigo?

MOR. Yo, señora. (Sale.)

BRAB. (A quien Priola hace señas de que quiere estar solo con la señora de Valleroy.) No, iré yo por él.

MAR. ¡Qué estímulo!

ESCENA XI

EL MARQUÉS DE PRIOLA y la señora de VALLEROY

SRA. VAL. ¿Habéis hablado á la señora de Le Chesne?
MAR. Sí le hablé.
SRA VAL. ¡Qué osadía! Es muy guapa.
MAR. ¿Verdad que sí? Está mejor que antes.
SRA. VAL. ¿De qué le habéis hablado?
MAR. De amor.
SRA. VAL. Como á mí; ¡siempre la misma canción!
MAR. Pero en otro tono. Es la misma canción con diferente compás.
SRA. VAL. No hace una hora tenías la audacia...
MAR. Tengo audacia para todo, esa es mi originalidad. ¡Oh! Pero tened cuidado; os estáis poniendo en ridículo.
SRA. VAL. ¿En qué? Decidme.
MAR. En que tenéis celos.
SRA. VAL. ¡Celos yo! ¿De quién, Dios mío?
MAR. Pues de mi mujer. (La señora Valleroy se ríe.) Su llegada inesperada...
SRA. VAL. Pero si ya no es vuestra, es la mujer de otro.
MAR. ¡Para mí siempre es mía! Fuí su primer marido, y, sobre todo, todas las mujeres son mías. Continúo; su llegada aquí os exasperó, os ibais á marchar y no os fuísteis; os echásteis en brazos de mi Pedrito, con la idea de darme celos. ¡Yo, Priola! ¡Oh, inocente! Y habéis subido todo un piso á ver lo que había pasado para tener motivo de conversación nueva. No tengo más que deciros, que os espero mañana en mi casa.
SRA. VAL. (Con sorna) ¿Con que tengo hasta mañana? Gracias. ¿A qué hora para no retrasarme?
MAR. Desde las dos hasta las cinco, porque á esa hora voy al Casino.
SRA. VAL. ¡Qué maravilla! No se puede tener idea de una impertinencia semejante. Vamos á ver, ¿qué os extrañaría más, que fuese ó que no?
MAR. ¡Qué pregunta! Que no vinieseis.
SRA. VAL. ¿Y si no fuera?

MAR. Eso ya me extrañaría.
SRA. VAL. Tiene gracia. (Resuelta.) Pues decididamente iré.
MAR. Al fin, ¡gracias á Dios!
SRA. VAL. Después de todo, no tengo que temer. (Los dos se ríen.)
MAR. Ni yo tampoco.
SRA. VAL. En eso quedamos. Pero parece que lo dudais.
MAR. ¿Yo? No lo dudo.
SRA VAL. Iré mañana de dos á cinco á ver sus almanaques; preparadlos.
MAR. Mis almanaques y yo estamos siempre dispuestos á recibiros (En este instante el señor Le Chesne atraviesa el escenario y se encuentra con Priola miradas de los dos. La señora de Valleroy se apercibe del encuentro. Bajo.) Mi feliz sucesor Le Chesne. (Alto.) Permitidme que os acompañe al coche. (Salen del brazo Priola y la señora de Valleroy. Le Chesne se queda mirándolos y el señor de Savieres entra.)

ESCENA XII

LE CHESNE y SAVIÈRES

DOCTOR ¿Buscabais á la señora de Le Chesne?
CHES. Sí, precisamente.
DOCTOR Acaba de salir con mi mujer, que la habrá acompañado hasta su casa.
CHES. ¡Ah! ¿Cómo?
DOCTOR Se encontró indispuesta y me rogó os lo dijera. (Medio mutis.)
CHES. (Angustiado.) No me ocultéis nada, ¿lo ha vuelto á ver?
DOCTOR ¿A quién?
CHES. Al Marqués de Priola. No os asombréis, acabo de verle aquí.
DOCTOR Sí, es verdad, estaba aquí. Pero no creo que la señora de Le Chesne le haya visto, habiendo ella permanecido aquí muy poco tiempo.
CHES. Por Dios, no me engañéis. ¡Oh, sí; asegura-

ría que le ha visto y por eso se ha marchado!

DOCTOR Aunque así fuera ha hecho bien en marcharse.

CHES. ¡Dispensadme, pero no me puedo dominar! ¡Vos no me comprendéis!

DOCTOR Ya lo creo que os comprendo. Demasiado.

CHES. No, no.

DOCTOR Sin ser vuestro médico, el primer día que os ví adiviné...

CHES. ¿Qué? ¿Eso no puede ser? ¿Qué es lo que habéis adivinado?

DOCEOR La enfermedad que padecéis ¿queréis que os la diga?

CHES. Sí, decídmelo.

DOCTOR Adorais á vuestra esposa y la queréis con la pasión de un amante.

CHES. ¡Callaros, por Dios! Para ella no soy más que un protector, un padre. ¡Nunca salió una palabra de amor de mi boca!

DOCTOR Ya lo sé, os sacrificais heróicamente, pero sufrís mucho, confesadlo, ¿es verdad?

CHES. Sí, es verdad, Savières. Aunque ella lo ignora, la quiero como un loco, más que un joven, por su hermosura y por ese atractivo encantador...

DOCTOR No tenéis necesidad de darme esas explicaciones, la queréis y eso basta.

CHES. Sí, quiero que sepais todo, ahora no os ocultaré nada. La quiero por su gracia exquisita, por su talento, por los sentimientos nobles de su corazón; la quería ya cuando era Marquesa de Priola. Cuando la ví libre, con ardor la deseé; sus desgracias me la hicieron más querida. ¡Cómo supe aprovecharme de la ocasión, mentir con arte, disimular mi pasión bajo una ternura de padre, hablarle á ese corazón dolorido, que no viera en mí al amante apasionado, no, sino al anciano de cabellos blancos que se ofrecía su protector! Y aunque sabía que su mujer adoraba en el Marqués de Priola, pensé que ese amor se hubiera extinguido y dado al desprecio y al olvido.

DOCTOR ¡Qué mal conocéis á las mujeres.

CHES. No la creía igual á las demás. Desde que soy su marido envidiado, no descanso. He perdido el sueño, mi existencia es un perpetuo tormento. Tengo celos. En mis insomnios tan pronto dudo de ella como la perdono, la acuso como la disculpo, me reprocho á mí mismo, me maldigo. Me siento feo y viejo, grotesco y culpable. ¡Ay, qué poco valgo y yo mismo cómo me desprecio!

DOCTOR No, eso no. Sois todo un hombre de bien.

CHES. (Con burlona sonrisa y melancólicamente.) Sí, sí; hablemos de mi virtud; es rara y desinteresada. En esto, como en todo, miento; soy un impostor; me rodeo de una reputación usurpada, robo el respeto que no merezco.

DOCTOR Vaya, que vuestras obras son buenas.

CHES. Una distracción necesaria á mi dolor.

DOCTOR Hacéis el bien por todas partes.

CHES. Como si hiciera otra cosa. ¿Priola no colecciona almanaques?

DOCTOR Pero os gastais una fortuna.

CHES. Me sobra el dinero; tengo rentas; pero no. ¡Valgo menos que el señor de Priola!

DOCTOR No pensais más que en él.

CHES. Su cinismo y su villanía tiene al menos la franqueza. Va con la frente alta. Mientras que yo, que paso por un hombre digno y bueno, no soy más que un viejo enamorado, lleno de rabia y de envidia contra la juventud. Todas las noches en mi balcón se ve luz; las gentes honradas que pasan dicen: ¡Pobre señor Le Chesne, cómo trabaja, todo para los pobres! ¡Ah, pobres gentes, cómo se engañan! Estoy llorando delante de este retrato. (Lo saca de su cartera.) le cubro de besos y lágrimas al lado del cuarto donde está ella sin atreverme á abrir la puerta. Ved ahí el hombre bueno y santo.

DOCTOR ¡Pobre!

CHES. ¡Y ella quiere al otro; le guarda su corazón y su alma! Le ha vuelto á ver y se ha escapado asombrada pero dichosa.

DOCTOR No, no penséis en eso.

CHES. Sí, sí; estoy seguro. Cuando nuestras miradas se han cruzado, he visto en sus ojos el triunfo del gavilán que en sus garras aprieta su víctima.

DOCTOR Entonces es preciso obrar en seguida.

CHES. Soy muy viejo.

DOCTOR Idos con vuestra mujer, viajad.

CHES. No puedo, mis ocupaciones me lo impiden.

DOCTOR Entonces que vaya ella sola á pasar una temporada en casa de algunos amigos.

CHES. Lejos al contrario, pensaría más en él y yo no puedo vivir sin ella.

DOCTOR Y entonces, ¿qué hacemos?

CHES. Nada, resignarse y sufrir en silencio.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En casa del Marqués de Priola. La escena representa un saloncito ricamente amueblado; una vitrina, en la cual están expuestos los almanaques de la colección. A la izquierda una mesa de despacho; a la derecha, detrás del sofá, un piano.

ESCENA PRIMERA

BRABAÇON y MORAIN. Brabaçon se pasea por la escena mirando tan pronto una cosa como otra. Morain sentado leyendo un libro

BRAB. ¡Qué lindísima habitación!

MOR. (Sin dejar de leer) Lindísima.

BRAB. ¡Cómo se ve en el arreglo de esta casa que todo está hecho con el fin de agradar á la mujer! ¡Cada cosita en su sitio! Muebles, cuadros, objetos de arte. ¿Pero no me oís?

MOR. Sí, os escucho.

BRAB. ¿A que no sabéis lo que digo? (Fijándose.) ¿Pero qué leéis ahí con tanto interés? ¿Alguna novelilla... eh? (Con intención.)

MOR. (Dándole el libro.) ¡No por cierto! Mirad.

BRAB. Un libro de medicina sobre las enfermedades nerviosas. ¿Os interesa?

MOR. ¿Qué? ¿Este libro? ¡Más de lo que créeis! Aquí tenéis un hombre extremadamente nervioso. El Marqués de Priola.

BRAB. ¡Es verdad!

MOR. ¿Se irrita con mucha facilidad?

BRAB. De una manera atroz, hasta montar en cólera furiosa.

MOR. ¿No se ha quejado nunca de tener dolores intensos?

BRAB. Varias veces.

MOR. ¿Duerme bien?

BRAB. Duerme mal; tiene unas pesadillas... Hay veces, y esto lo he visto yo, le pasan unas cosas más extrañas... Cuando se pone á escribir no puede, le tiembla el pulso, palidece, se coge la cabeza entre las manos, cierra los ojos, suspira, y apoyado así encima de la mesa, se queda un buen rato, al cabo del cual se le pasa y sigue escribiendo como si tal cosa. ¿Esto no será grave, verdad?

MOR. ¡No!

BRAB. A mí me parece que eso depende del estómago; todas estas alteraciones suceden cuando tiene alguna contrariedad ó alguna decepción amorosa. Es que tiene un carácter... Siempre quiere salir victorioso en todas sus empresas. La decepción le aniquila. Si encontrase en su camino una mujer que se le antojase y no la pudiese conseguir, sería aquel el último día de su vida. No os podéis imaginar lo que es el Marqués. Le he visto, no una vez, sino muchas, estar cabizbajo, triste, pensativo, sombrío, desesperado; no pensando más que en el suicidio, y de pronto por nada, por el crugir de una falda, por un rizo rubio, se transforma, es otro hombre; vuelve á su alegría y vuelve á sus conquistas. ¡Vaya, que es un verdadero tipo!

MOR. Y vos otro.

BRAB. ¡Vaya, hombre! ¡y vos otro tipo, pero de distinto género! Sois bueno, pero muy raro. Hablais poco y parecéis indiferente á todo lo que os rodea; estais siempre en el quinto cielo. Esto lo ha observado también el Marqués de Priola.

MOR ¡Ah!

BRAB. Tenéis miradas y el silencio de un viejo filósofo. Que con otras personas os portéis así, bueno. ¿Pero con nosotros? Yo no quiero más que ser vuestro amigo. Vamos, decidme qué os pasa. ¿Estais enfermo? ¿enamorado quizás? ¿ó bien soñais con un buen porvenir político? Vamos, con franqueza, ¿qué tenéis?

MOR. No tengo nada.

BRAB. ¡Sí, tenéis algo, y yo lo sé!

MOR. Decídmelo si lo sabéis.

BRAB. Sois un favorecido de la fortuna. Un niño mimado de la suerte. Cuando se tiene todo, no se aprecia nada. Tomad una amiga para distraeros.

MOR. Gracias, no quiero.

BRAB. Entre las mujeres buenas, las casadas, por ejemplo, hay menos compromisos. No faltan. La señora de Savières; he ahí una conquista muy interesante. (Priola entra en este momento.)

ESCENA II

LOS MISMOS y el MARQUÉS DE PRIOLA que entra, oyendo lo que dice Brabaçon

MAR. ¿Conque se la aconsejas?

BRAB. (Con descaro.) Sí, hombre, sí.

MAR. Verdaderamente que es una protestante muy guapa, digna de un rey. (A Morain) Cuando te hayas acostumbrado al amor y á las caricias, verás lo que valen esas santurronas que siendo tan austeras suelen caer tan fácilmente en la tentación. Al principio se negará á escucharte, pero esto no te debe asustar puesto que eres joven y rico; antes al contrario, mejor triunfarás.

BRAB. ¡Ah! ¡Si yo tuviera dos años menos, aún intentaría!

MAR. Verdad, porque tú estabas enamorado de ella.

BRAB. Locamente perdido. (Se lleva las manos á la cabeza.) Todavía recuerdo el vestido que llevaba el día de su boda; era color heliotropo con hilillos de oro, estaba encantadora. ¿No recuerdas?

MAR. ¿Quién, yo? No... ¡Qué dichoso eres teniendo esa memoria tan prodigiosa! ¡Yo no me acuerdo de nada! (Hace gesto como que le falta la memoria.)

BRAB. En aquel tiempo hubiera yo dado gustoso cien mil francos para que hubiese sido mía. ¡Ay! ¡cuánto la amaba!

MOR. ¿Por conclusión, habéis fracasado?

BRAB. ¡Eso, no! Nunca se apercibió ella de mi amor ni yo me atreví á decirle palabra. Entonces era como vos, novicio en estas cosas. La seguía de lejos; con esto me contentaba. Un día que la seguí, me llevó hasta Vaugirard, rue Blomet, una calle muy fea; hacía muchísimo frío, nevaba, era un jueves. Ella parecía que se escondía.

MAR. (Irónicamente.) Iría al sermón.

BRAB. No.

MAR. ¿A una cita entonces? (Con interés.)

BRAB. Eso creía yo, pero me equivoqué.

MOR. ¿A hacer alguna obra de caridad en casa de algún pobre?

BRAB. (Admirado.) Justamente, lo habéis adivinado, allí iba. ¡Vaya una decepción que tuve! ¡Una mujer que sube á las bohardillas! Me desilusioné y la dejé

MAR. Vaya, vaya. (Toca el timbre. Entra un lacayo y el Marqués le dice bajo:) Una señora rubia y delgadita vendrá de dos á tres.

LACAYO Comprendido, ¿los almanaques?

MAR. Sí, los almanaques.

BRAB. (Alegre.) ¿Es la señora de Valleroy?

LACAYO (A Priola.) Está bién; nadie entrará.

MAR. Mientras ella esté aquí, nadie, ¿oyes? (El lacayo saluda y se va.)

BRAB. ¿Conque por fin Teresita se decidió?

MAR. Así es.

BRAB. Si te lo ha prometido, desconfía.

MAR. Sí que vendrá.

BRAB. Una conquista más que apuntar.
MAR. Ya no las cuento.
BRAB. Pero, sin embargo, ¿te gusta?
MAR. No lo sé.
BRAB. Entonces te resignas. Te dejas conquistar.
MAR. Sí, pero sin interés.
MOR. ¿Entonces por qué la habéis enamorado?
MAR. ¡Qué sé yo! Sin duda porque hacía sol aquel día, había comido bien, y como digestivo, se presentó la señora de Valleroy con cierta elegancia que me sedujo; además presentaba serias dificultades conseguirla, y yo me alabo de poderlas allanar, y salí victorioso. Soy un hombre curioso que deseo el espectáculo de las excitaciones, fiebres y angustias del corazón femenino. ¡Es mi comedia divina! Mis ojos ven llorar, reir, mentir y sufrir, y experimento una gran alegría cuando estas sonrisas y estos besos y lágrimas hermosean á quien los ejecuta.
BRAB. ¡Qué artista!
MAR. ¡Pronto llegará la hora tan deseada! La veo á mi lado, suplicante, abatida, sin poder retirar de los míos sus ojos encantadores. La primera caída precede á la segunda; en la vida no hay más que la exaltación y el apasionamiento del amor, lo demás es pasar el tiempo.
BRAB. ¡No hables mal, qué caramba!
MAR. Eso no es hablar mal. ¡Ah! Algunas veces me he conformado con una victoria moral. Al mismo tiempo evitaba una desilusión posible. Yo, que me tengo por el hombre más delicado en estos asuntos, me concedo el placer de imponer el monstruoso amor propio de las mujeres, la mayor de las afrentas, la que no perdonan nunca. Me saciaba con las delicias de inútiles alardes de furor y de vergüenza.
BRAB. Sí, sí. (A Morain) ¿Qué os parece?
MAR. Pues volviendo á nuestra Teresa de Valleroy, se ha portado con la debilidad de una verdadera modistilla...
BRAB. Sin embargo...

MAR. Se ha portado tan mal, que más vale no hablar.

BRAB. Me has dicho que no quería oir nada.

MAR. ¡Ñoñerías! La situación era crítica. Deseando escucharme, manifestaba lo contrario, algunos momentos cedía y otros rehusaba. Con sus bromitas, ella tiene la culpa de que yo la haya citado aquí. Pero se equivoca si dice que yo me dejo engañar por ella. Es una torpe, no ha sabido conducirse; me deseaba... tanto peor para ella, ha ido demasiado de prisa, y yo sé por qué. Lo que ella quiere es dinero, y como ahora no tiene ningún amante que la sostenga con ese lujo y ostentación que desea, se ha fijado en mí para que le sirva de pedestal y encumbrarse de nuevo, y como yo he visto muy clarito su juego, me burlaré de ella.

MOR. ¿De qué manera?

MAR. ¡Hola, hombre! ¿Conque te interesa?

CRIADO (Entrando.) Señor Marqués, un coche ha parado á la puerta; debo..

MAR. Es ella. (Al Criado.) Que pase. (A Brabaçon y á Morain.) Dejadme solo.

BRAB. (A Morain.) Iremos á vuestras habitaciones.

MAR. No os alejeis.

BRAB. Descuidad.

ESCENA III

El MARQUÉS DE PRIOLA y SEÑORA DE VALLEROY

SRA. VAL. (Decidida.) Buenas tardes.

MAR. (Con asombro y alegría.) Cómo, ¿sois vos? ¿Vos por aquí?

SRA. VAL. Sin duda. ¡Qué sorprendido estais! ¿Cómo es eso? ¿No me esperábais?

MAR. Sí me sorprende; ahora que os veo aquí lo confieso.

SRA. VAL. (Simulando salida.) Volveré mañana.

MAR. Quedaos; hoy estoy atónito, asombrado de verme tan feliz. Sé muy bien que sois una

mujer encantadora; la más deseada, la más irreprochable, y que no sois como otras á quien se le puede pedir todo.

SRA. VAL. Exponiéndose á no obtener nada.

MAR. Ya sabía que amais al señor de Valleroy. Que aunque separados, y, por lo tanto, dueña de vuestra libertad, esta separación no hace más que acrecentar vuestra fidelidad conyugal. Sabía también...

SRA. VAL. Basta ya; sabéis muchas cosas, y á fuerza de querer alabarme tanto, vuestras alabanzas se volverían en groserías.

MAR. ¿Cómo? ¿No tengo razón en lo que digo?

SRA. VAL. Sí que tenéis razón.

MAR. ¡Ah! Entonces comprenderéis mi asombro al veros entrar aquí. Me pregunto si me he engañado en la opinión que tengo formada de vos. ¡Tal vez haya exagerado un poco!

SRA. VAL. Soy la misma mujer que habéis creído desde un principio, y si he venido aquí no es para haceros cambiar de idea, no lo penséis.

MAR. Entonces, ¿por qué habéis venido?

SRA. VAL. Para daros una lección. Y si todas las mujeres hubieran hecho lo que yo en este momento, ¡qué poco os enorgulleceríais de vuestras proezas, que os ciegan de tal manera que impide el que se quiera uno interesar por vos!

MAR. Puede ser, no digo que no. Pero sois demasiado severa para los pobres enamorados.

SRA. VAL. No comprendo.

MAR. ¿No son á sus vicios á lo que debéis el que sobresalgan vuestras virtudes? Sin sus ataques continuos ¿tendríais el benéfico halago de la resistencia? ¡No! Esos libertinos son los mejores propagadores de vuestra reputación. Si se callaran y no echaran los ojos, y algunas veces las manos, sobre vos, no se sabría quien sois y los malignos espíritus podrían dudar de vuestra virtud. (Con ironía.)

SRA VAL. Aun así no dejaríamos de ser honradas.

MAR. Ciertamente, pero ignoradas; gracias á ellos sois admiradas de todo el mundo.

SRA. VAL. Dejemos esta conversación y vamos dere-

chos al grano. Esta mañana al levantarme me dije: Este demonio de Marqués cree que todas las mujeres caen de hinojos á sus pies admirando sus bigotes, y se cree igualmente irresistible pensando que la mujer se pierde por haber franqueado los umbrales de su casa. Pues bien; yo le probaré todo lo contrario.

MAR. ¿Y qué más?

SRA. VAL. Que no estaré aquí más que una hora.

MAR. ¿Nada más?

SRA. VAL. Nada más, y como á ninguna mujer se la seduce por fuerza si ella no quiere, y como yo no quiero, os voy á dar el espectáculo más extraordinario para vos de una mujer que no teme nada.

MAR. Perfectamente.

SRA. VAL. Y que ha venido á su casa...

MAR. Por el honor...

SRA. VAL. ¿Por el honor?

MAR. Ciertamente. Por el honor de venir á ella.

SRA. VAL. Como querais.

MAR. Seréis la única mujer que...

SRA. VAL. Tanto mejor; así tendré más orgullo. Ahora, señor Marqués, enseñadme esos famosos almanaques.

MAR. ¿En seguida?

SRA. VAL. Sí, en seguida ó me marcho; no he venido más que para verlos.

MAR. (Haciendo un gesto significativo y dirigiéndose á la vitrina) Vamos allá; ahora los veréis.

SRA. VAL. ¡Ah, qué bonito! (Abre el mueble) ¿Se puede mirar?

MAR. Y también tocar.

SRA. VAL. ¿Son las armas de la Dubarry?

MAR. Sí; pasemos adelante.

SRA. VAL. ¿Y estos, de quién son?

MAR. Pasabére Lanzun. Nombres célebres.

SRA. VAL. Vamos son aguinaldos útiles.

MAR. Y agradables á ambos sexos.

SRA. VAL. Este me gusta. A ver lo que pone. (Lee) «El seductor de viaje.»

MAR. (Leyendo otro) «El abismo del amor». Este está ilustrado. ¡Mirad!

SRA. VAL. (Haciendo un gesto significativo.) ¿Queréis guardar ese libro? O si no, no; dejádmelo.

MAR. ¡Ah!

SRA. VAL. Verlo no quiere decir nada.

MAR. Eso dicen, pero por ahí se empieza.

SRA. VAL. Y algunas veces se concluye. (Ve un libro que cierra precipitadamente.) ¡¡Caramba!! (Se vuelve.)

MAR. (Quitándola el almanaque.) Basta: os vais á pervertir y sería una lástima. (Sentándose junto á la señora de Valleroy.) Hablemos. ¿Qué dice en resumen ese almanaque?

SRA. VAL. Tonterías.

MAR. No tal: dice que el amor brota como la flor; vuela como la paloma; tiene la agilidad de las nubes, de la llama y del agua. El capricho es su dueño, que se complace en su libertad y en su independencia, y que parece dormido cuando está más despierto.

SRA. VAL. ¡Oh, cuántas cosas en un almanaque!

MAR. El amor no se cansa. Viaja, cambia, y como conquistador, dice: no más victorias; por aquí, á luchar, y alcanzarlas nuevas bajo otro cielo en otras tierras. Viajar, aprender, amar, pensar, sufrir, envejecer, morir y podrirse, todo es cambio. El amor platónico y tranquilo es el que no cambia nunca.

SRA. VAL. Entonces sois del amor cambiante, Marqués.

MAR. Os engañáis. Cuando siento dentro de mí ese deseo febril que admira la belleza, todo desaparece, no veo más que el fin propuesto, ¡mi futura cautiva! Aquí está delante de mí sonriente y provocativa; la quiero, cueste lo que cueste. (Se acerca á la señora de Valleroy.) Me pertenece.

SRA. VAL. ¿Y con qué derecho?

MAR. Con el del más fuerte. (Coge sus manos.)

SRA. VAL. ¡Ya las soltaréis!

MAR. Sí, pero antes me vais á oir.

SRA. VAL. Si ya sé de memoria lo que me vais á decir; promesas de amor eterno y suspiros...

MAR. No lo creais. Esas parodias son indignas de nosotros. He leído en vuestros ojos hermosamente perversos y ellos me dicen que nos comprenderemos.

SRA. VAL. ¿Y entonces qué?

MAR. Mirad, francamente, nada de juramentos falsos, de mentiras ni seducciones que no conducen á nada; una entrevista amorosa, una simple expansión de dos corazones caprichosos, lo que os ofrezco es...

SRA. VAL. ¿Una simple expansión?

MAR. Sí, un capricho, pecadillo de un día, y luego, cada mochuelo...

SRA. VAL. A su olivo.

MAR. Y no ha pasado nada, ¿comprendéis? (Ella se abandona á él, que la coge en sus brazos.)

SRA. VAL. No era necesario hacerme tan virtuosa para llegar á esto.

MAR. ¡Callad, por Dios, no me recordéis mis palabras! Me avergüenzo de ellas. ¡Aprecio tanto el sacrificio que os imponéis!...

SRA. VAL. Es verdad; pero decid, ¿no me aborreceréis como á todas las demás?

MAR. ¡Yo despreciaros! ¡Lo podéis pensar!

SRA. VAL. ¡Quién sabe!

MAR. (Con fuego.) ¡Ah, no, no quiero que sufráis á ningún precio!

SRA. VAL. ¡Calmaos! Amigo mío.

MAR. ¡No! ¡No me créeis y me juzgáis muy mal! Pues bien, os voy á dar una prueba de la gran estimación que tengo por vos, ¡prueba que nunca he dado á nadie!

SRA. VAL. (Algo contenta.) ¿Qué vais á hacer? ¿Me amáis, verdad?

MAR. ¿Que si os amo? Vais á verlo.

SRA. VAL ¿Cómo?

MAR. Esta hora de alegría tan ardientemente deseada por mí y tan tiernamente acordada, (La señora de Valleroy hace un signo afirmativo y coquetón.) pues, bien, ya no lo quiero.

SRA. VAL ¿Qué decís? (Temiendo comprender.)

MAR. Vamos, que lo rehuso.

SRA. VAL. Explicaos.

MAR. Porque os estimo y respeto.

SRA. VAL (Comprimiendo su indignación.) Verdaderamente, es ya un poco tarde.

MAR. Nos hubiéramos amado demasiado, Teresa. (Esta hace un gesto extraño al oirse llamar así) ¿Ten-

go el derecho ahora de llamaros así, Teresa? ¡Si supiérais qué perverso soy y que no os merezco! Os hubiéseis encariñado mucho.

SRA. VAL. ¿Por vuestras buenas cualidades, verdad?

MAR. No, aunque fuese por mis horribles vicios, por piedad, por el afán de convertirme. ¡El corazón de las mujeres es impenetrable, impenetrable!

SRA. VAL. Menos que el de algunos hombres.

MAR. Si yo os hubiera engañado, no me lo perdonaría jamás. No me gusta ver sufrir á una mujer. Basta, se ha concluído; soy fuerte y comprendo mi deber.

SRA. VAL. (Irónicamente.) ¡Ah! sí...

MAR. Valéis mil veces más que el amor. Rehusando el vuestro, os doy una prueba del mío, porque yo os mentía cuando os dije que vos me inspirábais un pasajero capricho. No, una mujer como vos, no es mujer de una hora se la quiere para toda la vida, esto lo siento aquí, (Señalando el corazón.) os lo juro. Os hubiera amado más que á otra.

SRA. VAL. Y me hubiérais engañado lo mismo.

MAR. ¡Naturalmente, lo mismo! ¡Y entonces, qué suplicio para los dos; hubiérais tenido que aguantar mis celos, mis cóleras, el horrible misterio de mis deseos, alternando con el de mis desprecios! ¡Y queríais que hiciese llorar á esos ojos tan divinos! ¡No, eso no, nunca!

SRA. VAL ¡Basta de comedia!

MAR. En lugar de esa vida triste y violenta, tenemos...

SRA. VAL. La amistad.

MAR. Justamente, ese sentimiento fino y delicado.

SRA. VAL. Y tan raro.

MAR. Sobre todo entre el hombre y la mujer. Más tarde me agradeceréis el haber sacrificado mi felicidad á vuestro honor.

SRA. VAL. Sois un héroe.

MAR. Más de lo que pensais, Teresa. Vamos, sed franca. ¿Os arrepentís de haber venido aquí?

SRA. VAL. No, por cierto.

MAR. Estaba seguro. Todo ha concluído bien. He

obtenido de vos el consentimiento que no esperaba. Con la intención basta, y vais á salir de mi casa como habéis entrado: honrada y respetada. ¿No es esto encantador?

SRA. VAL ¡Seguramente es delicioso!

MAR. Pierdo una amante, pero gano una amiga.

SRA. VAL Y una verdadera.

MAR. Lo dudo.

SRA. VAL ¿Pero sabéis el proverbio? Por mucha amistad que reine...

MAR. Es preciso separarse. ¿Y qué, os vais ya?

SRA. VAL Sí, ya; no me acompañéis, Marqués.

MAR. ¿Por qué?

SRA. VAL Debéis estar muy cansado. Adiós. (Con ironía.)

ESCENA IV

MARQUÉS DE PRIOLA, MORAIN y BRABAÇON

MAR. (Con expresión alegre.) Se va furiosa. (Abre la puerta, por donde entran Morain y Brabaçon.) Os iba á llamar. (Brabaçon muy alegre y Morain tranquilo y frío.)

BRAB. Conque se ha ido, ¿eh?

MAR. Sí, y más furiosa...

BRAB. ¿Por qué? Cuéntanos, cuéntanos.

MAR. Porque no he querido aceptar el sacrificio.

BRAB. ¡Oh!

MAR. He pasado cinco minutos encantadores. Ella temblaba de rabia; sus ojos, eran dos puñales; su sonrisa, un veneno; sus manos, unas garras con las cuales me hubiera querido extrangular. Me sentía odiado de tal manera... todo lo más que lo puede ser un hombre. Y esto, créelo, no me disgustaba, antes al contrario.

MOR. Y por fin. ¿Qué?

MAR. Se fué humillada y desconsolada.

BRAB. No te perdonará nunca.

MAR. Puedes decirlo; nunca. Si la anunciasen hoy ó dentro de diez años mi muerte, si la dijesen: al Marqués de Priola le han asesinado

y está ahí su cuerpo ensangrentado, su rostro horriblemente desfigurado, tiene la mueca del dolor. Ella correría á verme llena de alegría y encontraría así un alivio al dolor causado por la humillación sufrida. Pero soy noble y la perdono.

BRAB. ¡Sin embargo, habiéndola tenido tan cerca has sido un tonto! (Gesto significativo.)

MAR. Si hubieses estado en mi lugar, ¿eh?

BRAB. ¡Ay! entonces sí que no se escapa así.

MAR. ¡Pero qué torpe eres, si me debes estar agradecido, si he trabajado para tí!

BRAB. ¿Para mí?

MAR. Pues claro, ¿no dices que la quieres, que te gusta?

BRAB. ¿Ahora que no la quieres tú?

MAR. Pues por eso mismo, ahora te será más fácil. Vé á verla pronto, tiene sed de venganza.

BRAB. ¿Sí?

MAR. Ten prudencia. No te des por enterado de lo que ha pasado aquí, reviva la llaga de su amor propio ofendido, habla mal de mí, hazme traición; le dices que soy un calavera, que tengo celos de tí, que sufriría horriblemente si fueras su amante, y, en fin, hasta le puedes decir que te tengo envidia porque eres más rico que yo, y entonces verás cómo se echa en tus brazos y te dice que eres más hermoso que Apolo. ¡Y tú lo creerás!

BRAB. (Se levanta.) Ahora mismo voy.

MAR. Ahora no; tengo necesidad de tí.

MOR. (Falsa salida.) ¿Y á mí me necesitais?

MAR. A los dos; sois mis confidentes. No sé lo que me pasa. Tengo un gran deseo de reconquistar á mi mujer.

BRAB. ¡Ya estamos! Desde ayer no piensas más que en ella.

MAR. Al verla sentí el deseo de poseerla nuevamente; ella nunca ha dejado de amarme. ¡He sido su marido, seré su amante!

BRAB. No lo creo.

MAR. Pues lo veremos.

BRAB. ¿Qué razones tienes tú para creer que te quiere todavía?

MAR. Muchas, porque antes me adoraba.

MOR. ¿Pero y su divorcio?

MAR. Yo lo pedí, ella no lo pudo evitar, la ley me amparaba.

MOR. ¿Y su segundo matrimonio?

MAR. Consintió en él con la muerte en el alma. Su madre la casó por maldad contra mí para que no pudiese nunca reclamarla, si por casualidad me daba esa ventolera. Le Chesne estaba á mano y echaron en sus brazos á esa pobre criatura.

MOR. ¡Y pueda ser que sea feliz! ¿Vos no lo sabéis?

MAR. Es desgraciada, yo lo sé; sufre y se consume, me desea y me espera. Esta noche, mañana, cuando yo quiera, no tengo más que llamarla y en seguida vendrá.

MOR. (Con duda.) ¿Lo creéis así?

BRAB. ¡Qué de prisa vas! ¿No sabes que tu mujer está vigilada por la señora de Savières, que es su íntima amiga, su confidente, que todo se lo cuenta, que ella te odia, y que nunca te dejará que te acerces á la señora de Le Chesne?

MAR. Sí, ya lo és. La señora de Savières puede hacer todo lo que le dé la gana, no impedirá nada. Si se cruza en mi camino la conquistaré de paso. ¡He ahí todo!

BRAB. ¡Bravo, hombre, bravo!

MAR. Llegaré hasta mi mujer empezando por ella, y así la jugada será más divertida. ¡Pero qué necio soy! (Pensando) Si no tengo necesidad de acudir á esos extremos (Abre un cajón de la mesa de despacho donde debe estar sentado y toma un paquetito de cartas.) ¿Veis esto?

MOR. ¿Cartas de la señora de Le Chesne?

MAR. Sí; las que me escribía en los primeros tiempos de nuestro matrimonio.

BRAB. Cartas muy amorosas, ¿eh?

MAR. ¡Naturalmente! Desde ayer las estoy buscando. Todo este cajón está revuelto; ¡como no lo he abierto hace ya muchos años! Pero mirad la casualidad, las primeras que cogí,

las de ella. ¡Y con esto ya es mía! (Contento. Coge una carta y se la pasa á Brabaçón.) Bonita letra, ¿verdad?

BRAB (Mirando la carta, oliéndola y pasándola á Moraín.) Inglesa, ¿qué bien huele? ¿No oléis?

MOR. (Retirándose.) Gracias, no tengo olfato.

MAR. (Poniendo las cartas en abanico.) Ponla en el juego. (Brabaçón se ríe.) ¿De qué te ríes?

BRAB. De tí. Pareces un nigromántico de esos que dicen: ¡pensad una carta! barajad.

MAR. ¡Aquí está el juego! ¡Esta es la carta maravillosa en la que me dice que es mía para siempre, ocurra lo que ocurra; que aunque el destino nos separe no tendré más que llamarla y que acudirá en seguida.

BRAB. Hermosas promesas.

MOR. Olvidadas ya.

MAR. Por eso se las voy á recordar. He copiado su carta y se la voy á enviar.

MOR. ¡Cómo! ¿Os atreveréis?

MAR. ¡Pues claro!

MOR. No tenéis temor de Dios.

MAR. ¿Qué decís?

MOR. Me parece... (Titubeando.) que el señor Le Chesne.

MAR. Un caballero no abre nunca las cartas que van dirigidas á su mujer.

BRAB ¡Y si tuviera uno que pensar en todo!

MAR. Aquí está la carta. (La enseña en su cartera.) No tengo más que poner el sobre.

MOR. (Firme, pero frio.) Desistid y no enviéis esa carta.

BRAB. ¿Eh?

MAR. Ya lo creo que la enviaré.

MOR. Os ruego que no hagais tal cosa.

MAR. Déjame en paz. Esta carta me pertenece y puedo hacer lo que me parezca con ella. (Demostrando el disgusto que le causa los consejos de Morain.)

MOR. Es vuestra, sí, pero no tenéis derecho de serviros de ella para el fin que os proponéis.

MAR. (Siempre enfadado.) Ahora lo vamos á ver si no tengo derecho. (Toca el timbre y se pone á escribir las señas; en el mismo instante sufre un ataque,

tiembla, se le va la cabeza, pero se repone en seguida, quedándose atónitos Brabaçón y Morain y sigue escribiendo, y cuando concluye se levanta y dice al Criado.)

Llevaréis esta carta á su dirección.

MOR. (Atónito.) ¡Oh!

BRAB. (A Morain.) ¿Pero qué os importa?

CRIADO (Adelántandose al Marqués.) ¿Espero la contestación?

MAR. No. (Vase el Criado.) ¿Ves? ya está.

MOR. Caballero, habéis cometido una...

BRAB. (Parando á Morain.) ¡Morain!

MAR. Dejadle. (A Morain.) ¿Una qué?... concluye.

MOR. Ya me habréis comprendido.

MAR. ¡Ciertamente! Empiezo á comprender, no solamente eso, sino muchas cosas.

MOR. Yo también.

BRAB. (A Priola.) ¡No hagas caso! ¡Si es un niño!

MOR. Ya no soy un niño.

BRAB. Dispensad.

MAR. ¿Qué te crees entonces?

MOR. Un hombre.

MAR. ¡Pobrecillo!

BRAB. Vaya, veo que estais deseando hablar á solas, me voy á casa de la señora de Valleroy. Hasta luego. (Vase)

ESCENA V

PRIOLA y MORAIN

MAR. Conque cuando yo te decia que serías un ingrato, ¿tenía razón ó no?

MOR. Os engañais, no soy un ingrato.

MAR. ¡No! No has perdido el tiempo. No hacía una hora que estabas en mi casa, cuando adiviné en tí un enemigo.

MOR. ¿Yo vuestro enemigo?...

MAR. Tu silencio, tu reserva, era todo en contra mía. Abrigabas en tu corazón una aversión que acaba de estallar.

MOR. No es aversión.

MAR. ¿Qué es entonces?

MOR. Indignación.

MAR. ¿Conque esas tenemos? ¿No encuentras otra cosa más á propósito para pagarme todo lo que he hecho por tí? ¡Vaya una moneda bonita!

MOR ¡Dispensadme! Pero creía, según me habéis dicho, que no queríais ni gratitud ni cariño. Aprovecho y sigo vuestras máximas.

MAR. (Con ironía) Sí, ya lo veo.

MOR. Pueda ser que penséis ahora que las aprovecho demasiado; pero tranquilizaos, no quiero abusar más, y por eso necesitamos tener una explicación.

MAR. Te lo iba á exigir.

MOR. Os debo muchos favores y sé todo lo que habéis hecho por mí, mas jamás comprendí el por qué teníais tanto interés. No me puedo quejar, pero, sin embargo, me faltaba vuestro cariño.

MAR. ¿Pues qué querías entonces?

MOR. Pruebas.

MAR. ¿No te he dado bastantes?

MOR. De las que yo hubiera preferido, no. ¡No me escribíais, no os veía nunca en siete años que he estado educándome en país extranjero, no he recibido una carta vuestra, ni la más pequeña prueba de afecto. Al principio os escribía unas cartas muy largas. Nunca me contestábais. ¿Las leíais solamente?

MAR. He debido leerlas.

MOR. Pronto dejé de molestaros Estábais tan lejos, nos veíamos tan de tarde en tarde, que yo apenas os conocía; una vez os ví cuando fuí á vuestro castillo; íbais de caza con mi padre. La Marquesa de Priola era á la que veía más á menudo. De vos no sabía más que cuando me decían: ¡Vuestro protector está bien de salud! ¡El señor Marqués ha enviado el trimestre!

MAR. Pagaba muy puntualmente.

MOR. ¿Pero era esto bastante?

MAR. No podía hacer más.

MOR. Una vez terminada mi educación, me habéis llamado á vuestro lado.

MAR. (Con ironía sentimental.) ¡Vaya una idea que tuve!

MOR. Entonces pensé que iba á conocer á mi protrector; me lo imaginé uno de esos grandes señores, calavera, pero bueno y generoso, del cual yo había sido el divertido pretexto de una acción caritativa para elogiar el lujo de su existencia.

MAR. ¡Qué cursi eres, chico! ¡No seas ridículo!

MOR. Llego con el corazón conmovido, lleno de cariño y gratitud, deseando expansionarme y ¿qué encuentro?

MAR. A mí; ¡¡un monstruo!!

MOR. Un alma de hiel y de desprecio. (Gesto de Priola; risa sorda.) A las primeras palabras que me oís, os burlais. Ponéis en ridículo mi gratitud torpe y tímida y que no sé cómo expresarla. De este mundo en el que voy á entrar, me hacéis, con una alegría salvaje, el más horrible cuadro. De nada sirve el cariño, la abnegación, el amor y la amistad; según vos, son mentira; de la virtud, ni una palabra. No hay mujeres buenas, todas son malas; la gente honrada no existe; todo es sensualismo y comedias, orgías y bajezas. Y por fin, si os pregunto el por qué siendo yo un extraño para vos me acogísteis y educásteis, como lo habéis hecho, me respondéis que por orgullo, que era un niño bonito, que queríais hacer de mí un nihilista elegante, otro vos, pero más perfecto. Pues bien, caballero, si os creísteis esto os habéis engañado.

MAR. ¿Has concluído ya de hablar?

MOR. Todavía no. Me quedé tan asombrado al oiros hablar de este modo la primera vez, que tenía necesidad de disculparos.

MAR. Eres muy indulgente.

MOR. Creía que era solo por hacer alarde de ser un calavera. ¡Inocente de mí! La realidad se interpuso, y no hace ocho días que estoy aquí y que os conozco, como á vuestras amigas, y todo me extraña, me irrita y me apena, viendo claramente que he caído en me-

dio de la cloaca más impura de la sociedad, y esto me repugna y me espanta.

MAR. Por todas partes verás lo mismo.

MOR. No, en todas partes no, estoy seguro. Veo que tenéis el placer de calumniar á todas las mujeres, os complacéis maliciosamente en humillar á la señora de Valleroy. Intentais contra la señora de Le Chesne, que os debe ser sagrada, la más horrible de las traiciones, y esto friamente, sin pasión sin disculpa, por jugar, por hacer mal. ¿Qué queréis? No lo puedo remediar, estas cosas me sublevan, y aunque mucho os debo, no por eso me asociaré á actos semejantes.

MAR. ¿Final de todo esto?

MOR. Que me marcho de aquí.

MAR. ¡Cómo! ¿me quieres dejar?

MOR. Sí.

MAR. ¿Por mucho tiempo?

MOR Para siempre. Guardad vuestro nombre y vuestra fortuna, señor Marqués, yo para nada las quiero. Si habéis pensado en mí para perpetuar la raza de los Priola... no contéis más con ello, esa raza se extinguirá en vos.

MAR. ¡Ah, sí!

MOR. Desde luego; no sabría amoldarme á ese papel. Soy hijo de un guardabosque y de una aldeana. No corre en mis venas la sangre aristócrata de duques y marqueses, sino la de un pobre soldado y de una campesina, que fué la más adorable de las madres.

MAR. Dejemos á nuestras madres que descansen en paz. ¿Te hablo yo alguna vez de la mía?

MOR. Peor para vos y para ella: yo alabo á mis padres, de los cuales he heredado sus buenos sentimientos y quiero conservarlos; por eso mismo os digo desde hoy: no puedo aceptar ya vuestros favores.

MAR. Eres franco. Oye, dime. ¿Una vez que te veas libre y fuera de esta casa, deshonrada como dices, qué vas á hacer, de qué vas á vivir?

MOR. Trabajando; seré médico.

MAR. ¡Buena carrera! Pero de aquí á que puedas ejercitarla...

MOR. Obtuve el título de doctor en la Academia de Leipzig, y he sufrido los exámenes en Alemania.

MAR. (Exclamando.) ¿Tú? ¡Qué calladito lo tenías! ¿Y qué has hecho por allí lejos de mí?

MOR. Ya os lo he dicho, trabajar.

MAR. ¡Ah, tunante! ¿Conque ya eres doctor en Medicina? ¿Y en dónde fijarás tu residencia?

MOR. No sé si iré primero á pasar algunos meses á Saint-Aulin, que tengo deseos de volver á ver. ¡Allí me debíais haber dejado!

MAR. Si te hubiera dejado allí te mueres de hambre. ¿Quién se hubiera ocupado de tí?

MOR. ¿Quién? El señor Le Chesne.

MAR. ¿El señor Le Chesne?

MOR. El quería... Vos me lo habéis dicho.

MAR. ¡Ah! ¡Conque sí, ¿eh? ¿Habrías aceptado con alegría su protección si te hubieran dado á elegir? ¿No tendrías escrúpulo en tomar su dinero, porque es dinero honradamente ganado con el sudor de los demás? ¡Y mi mujer también! ¡Te hubieras ido con ella! Cuando niño nunca te separaste de su lado.

MOR. ¡Era tan buena para mí!

MAR. Si; hubieses estado más mimado y acariciado, hubieras sido el chiquitín de la casa, el angelito salvado, arrancado de las garras del diablo. ¡Ah! ¡No me faltaba más que eso! ¡Que prefieras á los Le Chesne! ¡Me está bien empleado! ¡Mira, la verdad, siento haberme hecho cargo de tí! ¡Si fuera ahora, les dejaría el cargo á ellos! ¡Pero todavía es tiempo! Vé y que te adopten, les cuentas tus sinsabores y te recibirán como al hijo pródigo. Y son capaces de matar el cordero para festejar tu vuelta. (Dicho con pena é ironía.)

MOR. No se trata de eso.

MAR. Sí, corre á los brazos de ese excelente padre que te he quitado. Le dices lo que soy.

MOR. Ya lo sabe.

MAR. ¡No del todo, no! Vé y dale detalles amplios de los proyectos que tengo sobre su mujer, la mía, la tuya, la nuestra... ¡qué sé yo!

MOR. ¡Por Dios, caballero, qué decís!

MAR. ¿Qué te extraña? Le contarás todo y añadirás: ¿Creéis solamente que es por verdadera indignación y horror al vicio por lo que me echo en vuestros brazos millonarios? ¡Querido y digno caballero! ¡Pues nada de eso, nada de eso!

MOR. ¿Qué quereis decir?

MAR. Es un sentimiento más interesado de bajeza humana y natural, de lo cual no me puedo dar cuenta. El señor de Priola me lo ha explicado, y es que amo á vuestra mujer.

MOR. ¡Yo amarla! ¡Estais loco! ¡No profaneis!...

MAR. ¡Te digo que la amas!

MOR. No la amo, la admiro y la compadezco.

MAR. ¡La amas, sí, la amas hace ya mucho tiempo! Cuando eras niño, era para tí como una hermana mayor. Luego fué para tí como una segunda madre; enjugó tus lágrimas de jovenzuelo. Estas cosas nunca se borran de la memoria, al contrario, se recuerdan con cierto encanto. Por eso, al volverla á ver después de tantos años de separación, no de olvido, la encuentras más hermosa, te parece menos material, la ves con otros ojos. Recuerdas con ardor, cuando vuestras manos se estrechaban, cuando ella te besaba en la frente, y eso te estremece. Y por conclusión ves á la exquisita madrina de tu juventud, toda dolorida y desgraciada, esposa resignada de un viejo ridículo y en vísperas de caer en las redes de un vil seductor. ¡Ah! Tu corazón no puede más, estalla, la compadeces en el fondo de tu alma. A tu edad yo hubiera hecho lo mismo. La encuentras noble é interesante. No quieres que la hagan daño, más aún, no quieres que hablen de ella, ni que nadie la tropiece, la defiendes. ¿Ves? Te crees sublime y no eres más que un enamorado.

MOR. Basta, caballero, no hablemos más. Decididamente nunca nos entenderemos.

MAR. Tienes razón. Ni yo, ni París, ni el mundo entero, somos hechos para tí. Vete, sí, vete á Saint-Aulin, al pueblo, á la aldea, á ver

la casucha donde naciste, el campanario de la iglesia donde te bautizaron. Sí, sí, al pueblo, al pueblo. No valía la pena que te mandara á educar tan lejos y por espacio de tantos años, que te hiciera aprender tres lenguas, para este resultado. ¡He sido robado! ¡Paciencia!

MOR. Sé muy bien todo lo que habéis gastado conmigo, y yo os lo devolveré, encontraré el medio.

MAR. ¿A mí qué me importa todo eso? Te he dejado hablar á tu gusto y habrás visto que he tenido mucha paciencia en escucharte. Bien, amigo mío, eres un buen chico que no merece mi cólera, tienes buenos sentimientos, pero todavía no sabes lo que es la vida; entras en ella. Circula algunos años entre las pasiones. Ve la nada de todo, sé engañado por las mujeres por más años; sufre, llora, derrama tantas lágrimas que tus ojos se queden sin una; derrama sangre, entonces te desengañarás y verás que la vida humana es muy distinta de la pacífica vida de pueblo que te imaginas y que tanto sientes no haber conocido. ¡Pero entonces será tarde! Con tus ideas no tendrás más que decepciones y miseria.

MOR. No tengo miedo.

MAR. No lo tiene uno antes de vivir. Siguiendo mis ideas, tendrás una felicidad relativa; la única que puede uno tener: dominarse en el desprecio y en la cultura del mal, porque el bien, el bien, no tiene nada de pintoresco.

MOR. Yo, ya hice mi elección.

MAR. Haz lo que quieras. Te irás dentro de algunos días. (Fijándose en el movimiento de Morain.) ¿Mañana quieres?

MOR. (Resuelto.) Esta misma noche.

MAR. Es muy pronto. Deja pasar esta noche; la noche es buena consejera, y lo puedes consultar con la almohada.

MOR. Es inútil, mi resolución es irrevocable.

MAR. ¡Tú qué sabes! En fin, de aquí á que te marches, hazme un favor.

MOR. ¿Cuál?
MAR. Arreglarme ese cajón.
MOR. ¡Yo!
MAR. Sí, arregla esas cartas, ponlas en orden.
MOR. ¡No puede ser, yo no puedo!
MAR. Bien puedes hacer eso por mí, es lo último que te pido. (Coge las cartas y las tira sobre otro mueble y caen algunas al suelo.) Mira este paquetito, de todo hay, papeles viejos, guantes, rizos, flores, una trapería de veinticinco años; mete la mano, ¿qué, no te atreves? (Le coge el brazo.) Luego, cuando estés sólo, coge el montón á la casualidad. Ve que te doy una prueba de gran confianza, aquí verás lo que pesán los juramentos eternos, el amor y el honor de la mujer y lo que vale.
MOR. ¿Y el hombre?
MAR. ¡También! No valen mucho, ni el uno ni el otro. Todo es harina del mismo costal. Vaya, adiós, te dejo. (Se va.)

ESCENA VI

MORAIN, solo

Sí, sí, adiós. (Va á la mesa.) ¡Que arregle este cajón! (Echa todas las cartas juntas.) Todas, todas á la sepultura. (Ve un retrato de mujer, lo coge, lo mira, reconoce en él á su madre, y cae de rodillas llorando.) ¡Madre, madre mía! (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

En casa de los señores. de Savières. La escena representa un saloncito; tres puertas, una en el foro y dos á la izquierda.

ESCENA PRIMERA

LA SEÑORA DE SAVIÈRES, SAVIÈRES y la DONCELLA. Al levantarse el telón la señora de Savières está sola, triste y pensativa con los ojos bajos; tiene en las rodillas un libro abierto, pero que no lee. La puerta del cuarto de su marido se abre bruscamente y aparece Savières dispuesto para salir; con el sombrero puesto

DOCTOR Tengo que salir, pero volveré pronto. El señor Priola, vendrá; me ha escrito que tiene absoluta necesidad de verme; si viniera antes que yo regrese le haces esperar en mi despacho.

SRA. SAV. Bueno.

DOCTOR (Fijándose en ella.) ¡Qué cara! ¿Estás enferma?

SRA. SAV. No, no tengo nada.

DONC. (Entrando.) Señora, la señora de Le Chesne.

SRA. SAV. Que pase (La Doncella sale.)

DOCTOR Ten mucho cuidado; que no se quede mucho tiempo, que el otro va á venir y si se...

SRA. SAV. Vete tranquilo. No seré yo quien los una. No tengas cuidado, no se encontrarán en esta casa.

DOCTOR Hasta luego.

ESCENA II

SEÑORA DE SAVIÈRES y SEÑORA LE CHESNE

SRA. SAV. No te esperaba.

SRA. CHES. Te tengo que hablar. (Le enseña una carta.) Mira lo que he recibido.

SRA. SAV. (Sacando del sobre la carta y lee.) «Mi querido y muy amado» (Mira á la señora Le Chesne.) No comprendo.

SRA. CHES. Ahora te lo explicaré. El Marqués de Priola conserva mis antiguas cartas y ha escogido una de las que le escribía en los primeros tiempos de nuestro matrimonio.

SRA. SAV. ¿Y cómo es eso que le escribías viviendo juntos?

SRA. CHES. Es que entonces como no me atrevía á decirle de palabra lo mucho que le amaba, le escribía para expresarle de esa manera... Sí, ríete.

SRA. SAV. No me río, sigue.

SRA. CHES. Ha copiado una en la que yo le juraba que sería siempre suya, ocurriera lo que ocurriera, que le adoraba y que él sólo era mi dueño.

SRA. SAV. ¿Y te ha enviado esa carta á tu casa?

SRA. CHES. Sí, me la dieron ayer y delante del señor Le Chesne.

SRA. SAV. ¿No te turbaste? Al menos...

SRA. CHES. No tengas miedo, ya sé disimular. Pero desde ayer no vivo, estoy toda trastornada.

SRA. SAV. No hay motivo para tanto.

SRA. CHES. Sí. Desde que leí las primeras líneas me trastornó de tal manera que sentí trasportado mi ser á los tiempos en que las escribía. ¡Es el pasado que vuelve!

SRA. SAV. Y ¿qué es lo que piensas hacer? ¿le vas á contestar?

SRA. CHES ¿Por quién me tomas?

SRA. SAV. ¡Por una mujer que corre hacia un abismo! Ya te lo dije en el baile de la embajada.

Vete sin volver la cabeza. ¡No me hiciste caso y hoy estás loca!

SRA. CHES. Pues bien; sí, le amo.

SRA. SAV. Crees que le amas. Pero á él no le amas, lo que amas son los recuerdos de tu juventud, tu pasado menos halagüeño que el porvenir.

SRA. CHES. ¡No! es á él sólo á quien amo; sí, le amo, lo siento aquí.

SRA. SAV. Pero él no te quiere.

SRA. CHES. ¡Qué importa!

SRA. SAV. ¡Si lo mismo te da!...

SRA. CHES. Quién sabe; todavía pueda ser que me ame.

SRA. SAV. Eso es imposible.

SRA. CHES. Está en camino, y me amará.

SRA. SAV. Nunca. No te hagas ilusiones. En él no hay más que el capricho, el ensañamiento criminal y la sed de venganza.

SRA. CHES. Dios mío, ¿vengarse de qué?

SRA. SAV. De tu tranquilidad, de tu nueva posición social. Es un destructor que no aceptaría nunca que hayas reconstruido tu vida sobre las ruinas, de las cuales él ha sido el primer obrero. Es un celoso que no te perdonará nunca tu felicidad presente.

SRA. CHES. Mi felicidad, si él supiera...

SRA. SAV. ¡Quéjate! Todo lo tienes. Un marido bueno, generoso y de elevados sentimientos.

SRA. CHES. Sí, un viejo.

SRA SAV. El corazón más noble que hallarse puede en el mundo.

SRA. CHES. ¿Y qué me importan á mí sus virtudes? Lo que á él mi cariño. ¡No le amo! y para nosotros dos basta.

SRA. SAV. Sí, ¿eh? Y tu Priola á ese no le puedes tener estima, sino desprecio.

SRA. CHES. ¡Pero si le amo!... no lo puedo remediar.

SRA. SAV. ¿Después de la conducta infame que ha tenido contigo?

SRA. CHES. Aun así.

SRA. SAV. Te ha engañado con un sin fin de mujeres: á ellas les dice lo mismo que á tí te decía; te ha hecho derramar raudales de lágrimas, ¿y aun así le quieres?

SRA. CHES. Sí, fué mi primer amor.

SRA. SAV. ¡Y te atreves á llamarlo así! Eso no es amor. El amor verdadero, sublime, el que nos eleva y nos exalta, ese amor, no lo comprende él y no lo puede tener. El amor que él te ha inspirado, es el sensual, no sientes más que no disfrutar de sus caricias, de sus besos. No ha sido solamente manchado tu cuerpo por ese ser impuro, sino que también ha degradado tu alma. ¡Ah, Juana, Juana! ¿Dónde están tus creencias de joven, tu religión, tu corazón tan bueno? ¡La verdad, no te reconozco!

SRA. CHES. ¡Si no me reconozco yo misma! ¡Me detesto, me aborrezco, pero amo, y sufro lo que no te puedes imaginar!

SRA. SAV. Todo por tu culpa.

SRA. CHES. Pero no sufro menos por eso.

SRA. SAV. Domina tu dolor.

SRA. CHES. Eso es fácil decirlo.

SRA. SAV. Y hacerlo también es fácil; si yo estuviera en tu lugar.

SRA. CHES. Tú no eres lo mismo.

SRA. SAV. ¿Y por qué no soy lo mismo?

SRA. CHES Porque tú eres de una religión negativa y te aleja.

SRA. SAV. Al contrario, me enaltece.

SRA. CHES. Que te ha hecho el alma de hielo, implacable con los demás, inaccesible á la piedad y de una religión sin ternura que maldice el amor.

SRA. SAV. ¡El tuyo, sí!

SRA. CHES. Porque, en fin, tú eres una mujer del deber, por encima de lo humano. Nunca has experimentado mis sufrimientos, siempre tu corazón ha estado vacío y tranquila tu conciencia; ¡por eso hablas así!

SRA. SAV. ¡Así lo crees! ¡Ahí está tu orgullo egoista! te imaginas que no hay otra en el mundo para sufrir y amar más que tú. ¡Te engañas, amiga mía! Yo no soy más que una pobre mujer sujeta á los mismos males, á las mismas pasiones y á las mismas miserias. ¿Crees que soy feliz? ¡no lo soy! ¡soy muy desgraciada!

¿Me crees impasible? ¡Ah, amiga mía! ¡Si tú supieras!

SRA. CHES. ¿Qué me dices?

SRA. SAV. Conozco como tú la traición de los hombres, los celos y la soledad. ¡Yo también he llorado! ¡Pero yo tenía que esconderme y secar mis lágrimas, porque no tenía á nadie que me consolara! ¡Mientras que tú, cuando lloras, me tienes á mí!

SRA. CHES. ¿Y qué has hecho?

SRA. SAV. ¡He sabido resistir!

SRA. CHES ¿Hasta ahora?

SRA. SAV. ¡Oh! ¡ahora no temo nada! Bastante me ha costado lo pasado para responder del porvenir y después ya me estoy haciendo vieja, y...

SRA. CHES. ¡Sigue! ¡Háblame! ¡el escucharte me consuela tanto! Te quiero más aún, viendo que somos no solamente amigas. ¡Somos hermanas por el infortunio!

SRA. SAV. Entonces, ¡imítame!

SRA. CHES. No puedo.

SRA. SAV. ¡Dí que no quieres!

SRA. CHES. Ya no tengo voluntad propia.

SRA. SAV. ¡Pues yo tendré por tí y contra tí, yo te salvaré! ¡Puesto que hay que luchar con el señor de Priola, lucharemos! Yo no le temo; justamente le estoy esperando.

SRA. CHES. ¿Aquí, en tu casa?

SRA. SAV. Sí, aquí.

SRA. CHES. ¡Ah! ¿Por qué?

SRA. SAV. No te exaltes, no creas que viene á buscarte. Tenía cita con mi marido, que ha tenido que salir por precisión, y no se podrá figurar que estás en mi casa. Cuando venga lo recibiré aquí y tú te esconderás en mi cuarto.

SRA. CHES. ¡Oh!

SRA. SAV. Tú escucharás lo que digamos. Yo no le hablaré más que de tí. Sabes que yo no soy coqueta. Pues bien, no estará aquí diez minutos sin que me haya hecho el amor.

SRA. CHES. ¡Eso sí que no lo creo!

SRA. SAV. ¿Aceptas?

SRA. CHES. ¡Acepto! pero...
SRA. SAV. ¡Titubeas! ¿Tienes miedo? Vaya, ¿no estás segura de él?
SRA. CHES. No es eso.
SRA. SAV. Entonces, qué, ¿tienes celos de mí?
SRA. CHES. ¡Qué cosas tienes!
SRA. SAV. Oigo pasos, decídete pronto.
SRA. CHES. ¡Me quedo!
SRA. SAV. Vete pronto, por aquí. (La señora Le Chesne entra en la otra pieza.)

ESCENA III

LA SEÑORA DE SAVIÈRES y UN CRIADO

CRIADO Señora... El Marqués de Priola.
SRA. SAV. ¿Le habéis dicho que aguarde al Doctor?
CRIADO Sí, señora; pero ha preguntado si la señora podría recibirle.
SRA. SAV. ¿Y qué le habéis contestado?
CRIADO Que no sabía, que le iba á pasar recado á la señora.
SRA. SAV. ¡Esto es insoportable! Decidle que pase, lo recibiré. (El Criado se va y vuelve introduciendo al señor de Priola.)

ESCENA IV

SEÑORA DE SAVIÈRES y PRIOLA

SRA. SAV. Caballero, me han dicho que deseábais verme.
MAR. Así es, señora.
SRA. SAV. Yo también.
MAR. ¡Ah, señora! ¡Cuánto me alegro que hayamos tenido el mismo deseo!
SRA. SAV. Si me permitís, empezaré yo. Se trata de la señora de Le Chesne. La habéis hablado en la embajada y ayer la habéis escrito.
MAR. ¿Y qué?

SRA. SAV. Pues bien, os ruego que no paséis adelante.
MAR. ¿Es ella la que os ha encargado de decírmelo?
SRA. SAV. Sí, es ella.
MAR. ¿Qué me lo prueba?
SRA. SAV. ¡Que yo os lo digo!
MAR. ¡Oh! ¡Eso no es una prueba! ¿Quién me dice que no sois vos la que dais este paso, teniendo dos buenas razones para ello?
SRA. SAV. ¿Cuáles?
MAR. La amistad que profesais á mi mujer y el odio que me tenéis.
SRA. SAV. No hablemos más que de la amistad.
MAR. No; tratemos de ese odio.
SRA. SAV. Quiero á Juana como si fuera mi hermana.
MAR. ¡Y á mí me aborrecéis! Vamos, confesadlo.
SRA. SAV. Eso poco importa, y en fin, vos tampoco me queréis.
MAR. ¡Os equivocáis!
SRA. SAV. ¡Podéis!...
MAR. Sois la sola mujer en el mundo á quien estimo y respeto.
SRA. SAV. ¡Qué duro sois para las demás!
MAR. No soy más que justo para vos. ¡Entre el vil rebaño de las mujeres, sois la sola excepción sublime!
SRA. SAV. ¿Y por qué hacéis esa excepción de mí? Las dominais á todas.
MAR. ¡Por la energía de vuestras virtudes, la nobleza de vuestros sacrificios! Forzais la admiración y desarmais la calumnia; los groseros deseos de los hombres, apenas nacen mueren en seguida. Estáis tan alta, que nadie os podría alcanzar. En fin, os contemplo como la más pura encarnación de belleza moral que conozco.
SRA. SAV. Basta. Voy á enorgullecerme.
MAR. Y para demostraros mejor que con palabras la sinceridad de mis sentimientos de estimación y respeto, que no soy pródigo en ellos, cedo á vuestros ruegos y me desintereso por completo de la señora Le Chesne. ¿Estaréis contenta?
SRA. SAV. ¿Cumpliréis vuestra promesa al menos?

MAR. Lo veréis. Vuestra amiga, que os lo cuenta todo, os lo dirá.

SRA. SAV. Os doy las gracias.

MAR. Eso no vale la pena.

SRA. SAV. Sí. Semejante sacrificio...

MAR. No lo penséis.

SRA. SAV. ¿Cómo?

MAR. Yo no tengo ningún secreto para vos. Otro en mi lugar se alabaría impunemente del favor que os concede y de atribuir todo el mérito á una maligna segunda intención de seducir vuestros encantos.

SRA. SAV. ¿Vos no?

MAR. No, creedlo; me es completamente igual no volverme á ocupar de mi mujer.

SRA. SAV. ¿Me dais vuestra palabra?

MAR. De honor. Si no la amo; nunca la amé.

SRA. SAV. Entonces, ¿por qué os casásteis con ella?

MAR. Por despecho; amaba á otra.

SRA. SAV. ¿Por qué no os casásteis con la que amábais?

MAR. Era casada.

SRA. SAV. ¿Por qué no habéis sido amante suyo? .. Para vos era muy fácil.

MAR. Era una mujer honrada.

SRA. SAV. ¡Hombre, hay todavía mujeres honradas!

MAR. Más de lo que parece; solamente que no se debe decir.

SRA. SAV. Pero yo no comprendo por qué si mi amiga os es indiferente habéis intentado que vuelva con vos, y por qué la habéis hablado y escrito.

MAR. (Con misterio.) Tenía mis razones.

SRA. SAV. ¿Razones?...

MAR. No busquéis; no los encontraréis. Se refieren á una persona.

SRA. SAV. ¿A la mujer honrada sin duda?

MAR. Justamente.

SRA. SAV. ¿La conozco yo?

MAR. La conocéis.

SRA. SAV. Decidme su nombre.

MAR. No.

SRA. SAV. ¿No tenéis confianza en mí?

MAR. Sí la tengo, pero no me creeréis.

SRA. SAV. Vamos, decid, pues.
MAR. ¿Lo queréis?
SRA. SAV. Sí.
MAR. Sois vos.
SRA. SAV. Yo la excepción sublime, la belleza moral que los deseos groseros de los hombres... (se rie.) ¡Ah, no!... Os suplico... os ruego...
MAR. ¿Véis como no me créeis?
SRA. SAV. No, no os creo.
MAR. ¿Y si yo os diese pruebas de que os amo?
SRA. SAV. ¡Ah, si hacéis eso!...
MAR. Escuchadme. He tenido más de cien amantes.
SRA. SAV. ¿Nada más?
MAR. Pero un solo amor.
SRA. SAV. ¿Y ese soy yo?
MAR. Sí, vos. Desgraciadamente para mí, cuando os conocí era demasiado tarde; os acababais de casar.
SRA. SAV. Si yo lo hubiese sabido...
MAR. Al sentir que os perdía para siempre... creí morir.
SRA. SAV. ¿De pena?
MAR. No; me quise matar.
SRA. SAV. ¿Y qué os detuvo?
MAR. Mi cobardía.
SRA. SAV. ¿Teméis la muerte?
MAR. No; pero tenía miedo de la separación, y en un acto de locura me casé con Juana, y desde entonces nos hemos visto siempre. Ni una hora, ni un momento he dejado de pensar en vos, de admiraros en silencio y de desearos sin esperanza. El mismo día de mis bodas, en la iglesia, delante del altar, bajo la mano del sacerdote qus me unió á Juana, en mi pensamiento me casaba con vos.
SRA. SAV. ¿No podíais únicamente decirme cómo era el vestido que llevaba?
MAR. Heliotropo con hilillos de oro. Un vestido al estilo de Luis XVI; ya véis si lo sé.
SRA SAV. ¡Qué memoria!
MAR. ¿Qué recuerdo?
SRA. SAV. Sí; pero no os creo. Si me amabais desde

entonces nunca me lo habéis dicho: ¿qué esperábais?

MAR. Un momento propicio. Ya llegó. ¡No sois feliz!

SRA. SAV. ¡No, caballero; soy muy feliz!

MAR. Sí, felicísima. Tenéis por marido un hombre brusco, egoista, ateo, que no sabe comprenderos, que se ha casado con vos nada más que por vuestro dinero, que no os ama y que os engaña.

SRA. SAV. Mentís.

MAR. ¿Tenéis al menos un hijo que os haga amar esta despreciable vida y poder saciar en él la sed de ternura que os devora?

SRA. SAV. (Triste y aparte.) Por desgracia, no.

MAR. Un ser pequeñito, adorable, que pudiéseis estrechar contra vuestro corazón dolorido. (La señora de Savières se contiene el llanto.) No; hasta eso vuestro marido os lo prohibe lo mismo que os niega el amor conyugal. ¿Tenéis algún amante?

SRA. SAV. (Se levanta erguida.) ¡Jamás!

MAR. Ya lo sé. Ese orgullo insensato que tenéis al que llamais un deber, no es más que una abdicación; es una imposición que os hacéis en amar aunque no podais.

SRA. SAV. Pero no de esta manera.

MAR. ¡Pobrecilla! ¿Tenéis mucha fe en vuestra religión?

SRA. SAV. ¡La tengo, gracias á Dios!

MAR. No. (Designa con el dedo el libro que está sobre la mesa.) Leéis la Biblia y tenéis los ojos llorosos. No os habéis consolado todavía. Luchais entre lo imposible y la desesperación. Pedís socorro al Todopoderoso, y Este no viene en vuestra ayuda.

SRA. SAV. Ya vendrá.

MAR. Demasiado tarde llegará si viene; y esperándolo para distraeros, vigilais á la señora de Le Chesne, queréis salvar su honra y hacéis obras de caridad; vais á casa de los pobres, á la calle Blomet...

SRA. SAV. ¿Cómo lo sabéis?

MAR. Os he seguido cien veces por todas partes;

en los barrios más bajos y más sucios os he visto entrar en las casas más pobres y miserables, en las inmundas bohardillas, y decidme, ¿qué habéis encontrado allí? El amor ese está por todas partes.

SRA. SAV. En todas partes donde se sufre, es verdad, tenéis razón.

MAR. Sufrir no es nada; se llora, se suspira, grita uno, y así se desahoga, pero no se muere. Se vive, se tiene el corazón desgarrado entre la mano, se le siente latir. ¿No tenéis varios ejemplos? Mi mujer, que me ama, vive. El viejo Le Chesne que la adora, vive, y eso que tiene un pie en el sepulcro, pero vive; el joven Morain que la quiere también con el casto ardor de sus veinte años, está rebosando salud, y todas aquellas mujeres que seduje, engañé y repudié han vivido, y algunas viven todavía llenas de recuerdos y de pesadumbres.

SRA. SAV. ¡Y de remordimientos!

MAR. Si queréis, sea por penitencia ó por maldición, el caso es que viven. Pero vos no vivís, estáis muerta.

SRA. SAV. Bien lo quisiera.

MAR. Y sin embargo, vivís para el amor. (Se adelanta hacia ella que se retira poco á poco pero ya fascinada, perdiendo poco á poco la fuerza moral.) Huís de él, él os persigue. Creyendo tener odio, no tenéis más que hastío.

SRA. SAV. Dejadme, dejadme.

MAR. Habéis venido de tan lejos y tan tarde para abismaros con más desatino. Estais hecha para él. Todo en vos le llama y le atrae.

SRA. SAV. (Muy turbada.) ¡Por Dios, caballero!

MAR. (Con más ardor.) Esos ojos, esos labios, esos cabellos, ese cuerpo magnífico y predestinado... ¡Ay, es como un templo vacío!

SRA. SAV. Idos en nombre del cielo. ¡Salid de aquí, os lo ruego!

MAR. Me voy; os obedezco, pero no antes de haber oído de vuestros labios una promesa vuestra, una mirada que me haga esperar una palabra.

SRA. SAV. ¡No, nada; si yo no os amo!
MAR. Pero ya me amaréis.
SRA. SAV. Si es imposible, si os aborrezco.
MAR. Por eso mismo, por el odio concluye el amor, pero algunas veces empieza por él. ¡Pero me amaréis! ¡Sí, ya me amaréis! ¡Lo quiero yo, que os adoro! (La va á coger en sus brazos.)
SRA. SAV. (Desprendiéndose.) ¡Juana, Juana! (La señora Le Chesne entra en escena después de haber escuchado toda la conversación.)

ESCENA V

LOS MISMOS, y la SEÑORA LE CHESNE

MAR. (Estupefacto, á media voz.) ¡Ay, me han cogido!
SRA. CHES. Sí, señor, estáis cogido. Vamos á ver cómo vais á salir del paso. ¿Qué nueva estratajema vais á inventar? ¿Os atreveréis á mentir todavía? ¿Pretenderéis que sabíais que estaba yo escuchando detrás de esta puerta?
MAR. (Dominando su coraje.) No, señora; ignoraba que estuviérais escondida.
SRA. CHES. Al fin confesó.
MAR. Ignoraba que os hubiéseis puesto de acuerdo con vuestra amiga para tenderme este lazo. Habéis triunfado, ¿pero cuál ha sido el resultado? (A la señora de Savières.) Os he hecho caer de ese pedestal de honra y de virtud donde estabais colocado. He turbado la tranquilidad de vuestro corazón.
SRA. SAV. No, señor. Era pura comedia.
MAR. Mal interpretada con desmayos. (A la señora Le Chesne.) Y vos habéis visto mis labios próximos á los de vuestra amiga extasiada. ¡Conoceréis los celos! Estaré siempre entre las dos y me amaréis mucho más que antes.
SRA. CHES. Caballero, os equivocáis; queréis hacer daño hasta lo último, pero inútil, no os canseis.

Sé muy bien que no ha pasado nada entre vos y mi amiga, á la que quiero todavía más que antes, y á quien estoy sumamente agradecida por haberos quitado la careta. Y en cuanto á vos, ¡habéis matado en mí hasta el odio, hasta el desprecio, hasta la repugnancia; no sois más, no habéis sido más y no seréis más. (Va á salir, pero la puerta se abre y el señor de Savières aparece con Morain.)

ESCENA VI

LOS MISMOS y SAVIÈRES y MORAIN

DOCTOR (Sorprendido de ver á la señora de Le Chesne.) ¿Vos aquí, señora? (Mirando la emoción en las caras de Priola y su señora.) ¿Qué es lo que pasa?

SRA. CHES. (Designando á Priola.) Este caballero os lo dirá. (Vase.)

MAR. Ahora mismo. Pasa, que estas señoras...

MOR. (A Savières.) Dispensad y acordaos...

DOCTOR Es verdad. (A Priola, designando á Morain.) Este caballero que ha venido buscándome, tiene, al parecer, que comunicaros una cosa de alta importancia que no puede retardarse por más tiempo. Juntos os dejo, hasta luego. (A la señora de Savières.) Vámonos. (Vanse los dos.)

ESCENA VII

PRIOLA y MORAIN

MAR. ¿Pero qué significa esta comedia y todo este misterio? Ayer te dejé sumido en la lectura de mis cartas amorosas y no te he vuelto á ver, desapareciste. ¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho? Yo no sé por qué se me figura

que tienes designios contra mí y que me vas á hacer traición. ¡Vamos, habla, contesta, discúlpate! (Morain se adelanta hacia Priola muy despacio y le enseña el retrato de su madre. Priola se turba al reconocer el retrato de la madre de Morain) ¿Qué es esto?

MOR. Este retrato es de mi madre de la cual habéis sido su amante.

MAR. ¡Estás loco!

MOR. ¡No! Encontré este retrato entre los otros de vuestras antiguas... mi madre murió de pena, como mi padre se mató desesperado.

MAR. ¡No sabes lo que dices!

MOR. (Mirando fijamente á Priola.) Lo sé todo, ayer me enteré, y me han informado personas que están al corriente de ello.

MAR. (Sosteniendo la mirada.) Bueno, ¿y qué?

MOR. Sois el asesino de mis padres y los quiero vengar.

MAR. ¿Cómo?

MOR. Lo vais á ver. ¡Os podía matar, lo debería hacer!

MAR. Harías un buen negocio.

MOR. Algo mejor que eso. Hace veinte años que vivís en una vida relajada, practicando impunemente la maldad y el crimen, y creéis que vais á vivir mucho tiempo. Pues os engañais. Estais en vísperas de morir. Esa deplorable vida es vuestro castigo; os lo anuncio para que en estas pocas horas que Dios os deja antes del castigo que lo paséis en la angustia y en la desesperación.

MAR. ¡Querido! ¿Y qué castigo me ha reservado Dios?

MOR. ¡La muerte!

MAR. Naturalmente. ¿De quién me vendrá? ¿De un amante celoso, de un marido engañado ó de una hija seducida?

MOR. De vos mismo.

MAR. Me suicidaré entonces como mi padre.

MOR. ¡O como el mío! No, nada de eso.

MAR. Entonces, ¿cómo?

MOR. La muerte está en vos.

MAR. ¿Estoy enfermo?

MOR. ¡Muy enfermo! No hay salvación.

MAR. ¿Qué es lo que tengo? Dímelo, puesto que eres brujo.

MOR. ¡No soy brujo! ¡Soy médico!

MAR. Ya lo sé, gracias á mí.

MOR. Ahora ya nos hemos pagado.

MAR. ¡Acabemos! ¿De qué me voy á morir?

MOR. De vuestros propios vicios. La parálisis os amenaza. Desde que os conozco, observo los síntomas del mal, sigo sus rápidos progresos. Vuestros desarreglos han envenenado vuestra sangre, la sangre de los Priolas, sangre de la cual tanto os enorgulleceis, que arrastra las inmundicias de algunas generaciones, á las cuales habéis añadido las vuestras. La perversidad de vuestro espíritu, iguala á la depravación de la bestia. Y como habéis pasado vuestra existencia, haciendo daño, ese daño implacable...

MAR. Pues me vanaglorío.

MOR. Hoy sois víctima de este mal que no perdona.

MAR ¡Vamos, hombre!

MOR. Habéis hecho sufrir; sufriréis en silencio. Vuestra profesión no ha sido más que corromper. Pues estais podrido; nada más justo.

MAR. Me mimas. No me dices nada nuevo. Pero todavía no has alcanzado tu venganza. Se perdió como una cápsula mojada, ya sabía yo todo esto.

MOR. No.

MAR. (Con furia.) Sí lo sabía.

MOR. Tanto peor para vos.

MAR. La muerte misma sería menos cruel que tú. ¡Qué duro eres para mí! ¡Qué refinamiento en tu crueldad! No esperaba eso de tí.

MOR. No tenéis ya nada que esperar, mañana me voy.

MAR. ¡Quiá! ¡qué te has de ir ahora! ¡el niño de la casa, que toda va á ser tuya! Todo lo puede esperar. Este viejo ya... (Hace gestos de quien se va á morir pronto.)

MOR. ¡Callaos, miserable! He podido tener una

hora de locura queriéndoos, cuyo sólo recuerdo es un remordimiento, pero la perfidia de vuestros consejos, la alegría mal disimulada animándome á ellos, me han bastado para ver claro. He rechazado toda idea culpable, y mañana parto para siempre.

MAR. Eso es. Y yo, mientras tú vivirás lejos, joven, hermoso, brillante, virtuoso y feliz, envejeceré sólo, abandonado de todos.

MOR. Hasta del mismo Brabaçon.

MAR. Abatido por la enfermedad, lleno de impotencia y de rabia, llamaré á la muerte, que no me oirá. ¿Eso es lo que quieres tú? Decididamente no me conoces. Antes de sufrir tal tormento me mataría mil veces.

MOR No intentaréis mataros ni una sola vez.

MAR. ¿Creéis que tengo miedo?

MOR. Sí, los infames son cobardes.

MAR. (Haciendo un movimiento para abofetearle.) Si no fueras tú...

MOR. (Muy frío.) Y aunque os quisiérais matar no podríais. Os lo impedirían.

MAR. Aunque así fuera, ¡verdugo! no me podrás impedir de pensar y de dominar mi rabia y mi desprecio. Estoy por encima de todo lo que me pueda suceder, entiéndelo bien. Si es la muerte brutal y repentina, la espero en todas partes, donde quiera, hasta en mi misma cama; en los brazos de una hermosa. Si es la vida la que me aguarda llena de sufrimientos y enfermedades, la espero sin temblar y de pie. (Se tambalea pero no cae.)

MOR. (Ayudándole á que no caiga.) Cuidado, que os vais á caer.

MAR. (Desprendiéndose de los brazos de Morain.) Me burlo yo de la vida. (Con una risa sardónica.) ¡Ah, la vida! si he gozado en ella de todo, nada me ha rehusado y todo me lo ha dado. ¡Ah, sí, la vida!

MOR. ¡Menos el amor! Habéis corrido tras él y jamás le habéis hallado.

MAR. Porque no existe.

MOR. Porque no lo habéis buscado más que en los placeres del sensualismo.

MAR. Al menos yo he sido amado como tú nunca lo serás; me han adorado.

MOR. Maldecido, sí.

MAR. He brillado en todas partes. Me he consumido. No tengo pena por nada. He pasado por el mundo haciendo lo más hermoso.

MOR. ¿Qué es?

MAR. Ruinas.

MOR. Mañana seréis una de ellas.

MAR. Y como nunca he sabido amar, os haré ver á todos cómo sé odiar. Hasta mi último suspiro blasfemaré. No me moriré sin escupir en la cara de este mundo abyecto, hipócrita y grosero que no ha sabido comprenderme. El desprecio que tengo de sus leyes inicuas, de su falsa moral, de sus religiones tan interesadas las unas como las otras, con la promesa de la nada y la estúpida lotería del paraíso y de los infiernos. (Acercándose á Morain y poniéndole la mano sobre el pecho, víctima de un feroz delirio.) ¿Y tú? ¡Tú, que eres la única persona que he amado en este mundo, te vas tan tranquilo sin volver la cabeza después de haberme asesinado! ¡Mírame bien! ¡Mírame! ¡Soy tu padre!

MOR. (Una exclamación de horror.) ¡Ah! (Al mismo tiempo, Priola cae inanimado en los brazos de Morain, que lo echa en el sofá y abre la puerta por donde se han ido los demás.) ¡Pronto! ¡Venid! ¡Socorro!

ESCENA ÚLTIMA

LOS MISMOS y los SEÑORES DE SAVIERES

DOCTOR (Acudiendo á los gritos.) ¿Qué pasa?

MOR. (Inmóvil y titubeando.) No sé. Se ha caído. (El Doctor se acerca á Priola y lo ausculta.)

SRA. SAV. (Bajito.) ¿Qué hay?

MOR. ¿Está muerto?

DOCTOR No. Desmayado solamente. Ataxia aguda. Dentro de seis meses quedará ciego é impotente.

MOR. ¿Se volverá loco?
DOCTOR No, tendrá su razón. ¡Y puede vivir así veinte años! ¡Qué castigo!
SRA. SAV. ¡Qué horror! ¿Quién cuidará de él?
MOR. ¡Yo! (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

NOTA

Si la actriz que desempeñe el papel de Señora de Valleroy sabe cantar, es muy conveniente hacer la siguiente modificación en la escena III del acto segundo.

En la página 41 donde dice:

MAR. (Quitándola el almanaque.) Basta; os vais á pervertir y sería una lástima.

Puede continuarse así:

MAR. Vamos al piano. (Sentándose en la banqueta del mismo.) Este fué propiedad de una noble dama; de madame Adelaida. Vamos á cantar alguna romanza en el piano de tan ilustre señora.

SRA. VAL. No por Dios, si yo no sé canciones serias; canciones dignas del piano de madame Adelaida.

MAR. ¡Oh! No importa; cantad, cantad si sabéis la canción de moda. (Canta la Señora de Valleroy un couplet ó canción francesa acompañada al piano por el Marqués.) ¡Admirable! ¡admirable!

SRA. VAL. Marqués, os ruego que guardéis el secreto de esta habilidad mía. No canto más que en la intimidad.

MAR. Os prometo guardarlo. (Cogiendo un almanaque de encima del piano donde le dejaron antes.) ¿Qué dice este almanaque?

SRA. VAL. Tonterías.

Y continúese la escena lo mismo.

3 0112 098528133

Queda prohibida en absoluto la venta de esta obra. La tirada se hace exclusivamente para servir los archivos de las compañías que la representan en España, las cuales responderán de los ejemplares que con tal motivo se les faciliten.